

César Aira

La cena

de



Lectulandia

¿Para qué podría servir saber de memoria y recordar con precisión anecdótica, a lo largo de los años, los nombres de las familias del pueblo? Un sábado por la noche, en Pringles, el sesentón fracasado de celibato ya irremediable visita con su madre al amigo rico. Después de la cena, fallida, y tras una extravagante función con juguetes diminutos de complejos mecanismos, podrá comprobar hasta qué punto haberse negado, en la infancia, a esa incomprensible taquigrafía de apellidos, parentescos y vecindades, puede resultar en extrañas danzas de muertos vivos bajo el lunático resplandor de la televisión. En el fondo, siempre, una sed oscura de vida.

Lectulandia

César Aira

La cena

ePub r1.0

Titivillus 13.11.16

César Aira, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Mi amigo estaba solo en su casa, y aun así nos invitó a cenar; era un hombre muy sociable, le gustaba hablar y contar historias, aunque no lo hacía bien, se le mezclaban los episodios, dejaba efectos sin causa, causas sin efecto, se salteaba partes importantes, dejaba un cuento por la mitad. A mi madre, que por motivos de edad había llegado a un desorden mental equivalente al que mi amigo tenía de nacimiento, eso no le preocupaba, creo que ni siquiera lo advertía. De hecho, fue la que más disfrutó de la conversación, y fue lo único que disfrutó de la velada. Eso se debía a la recurrencia de los nombres de familias del pueblo, palabras mágicas en las que parecía concentrarse todo su interés en la vida. Yo oía caer los nombres como quien oye la lluvia, mientras que para ella eran tesoros de significados y recuerdos; mamá estaba disfrutando de algo que la conversación cotidiana conmigo no le daba; en ese aspecto, y sólo en éste, se sintonizaba a la perfección con mi amigo: él era constructor, y llevaba muchas décadas haciendo casas en Pringles, por lo que conocía la conformación y las genealogías de todas sus familias. Un nombre traía otro, conducido por una práctica de toda la vida ya que la gente pueblerina efectuaba toda su educación intelectual y afectiva hablando unos de otros, y sin los nombres habría sido difícil hacerlo. Es cierto que con la edad y la esclerosis de las arterias se van perdiendo cosas, y siempre se dice que los nombres son lo primero que se pierde. Pero también son lo primero que se encuentra, pues su busca se hace con otros nombres. Querían referirse a una mujer, «la de... ¿cómo se llamaba? La casada con Miganne, que vivía enfrente del escritorio de Cabanillas...» «¿Cuál Cabanillas? ¿El casado con la de Artola?» Y así seguían. Cada nombre era un nudo de sentido en el que confluían muchas otras cadenas de nombres. Las historias se disgregaban en un granizado de nombres, y quedaban sin resolver, como habían quedado sin resolver los viejos crímenes o estafas o traiciones o escándalos de familias de los que trataban las historias. Para mí los nombres no significaban nada, nunca habían significado nada, pero no por eso me eran desconocidos. Al contrario, me sonaban intensamente conocidos, lo más conocido del mundo podría decir, porque los venía oyendo todos los días desde mi primera infancia, desde antes de saber hablar. Por algún motivo, nunca había podido, o querido, asociar los nombres a caras o casas, quizás por un rechazo a la vida del pueblo, en el que, no obstante, había transcurrido toda mi vida, y ahora que con la edad empezaba a perder los nombres, se daba la curiosa paradoja de que perdía lo que nunca había tenido. Y aun así, al oírlos en boca de mi madre y mi amigo, cada uno era como una campanada de recuerdos, de recuerdos vacíos, de sonidos.

Y no era que yo estuviera desprovisto de recuerdos de verdad, recuerdos plenos. Lo comprobé después de la cena, cuando mi amigo nos mostraba un juguete antiguo a cuerda que sacó de una vitrina. Era pequeño, apenas si sobresalía de la palma de la mano en que lo sostenía, pero aun así representaba con bastante fidelidad un

dormitorio de antaño, con una cama, una mesa de luz, alfombra, ropero, y una puerta frente a la cama, que, a falta de pared en la que abrirse, parecía otro ropero, pues estaba provista de una caja rectangular, donde supuse que se ocultaba uno de los personajes. El otro estaba visible, acostado en la cama: una ancianita ciega, a medias sentada, apoyándose en almohadones. El piso de este cuarto no era de baldosas ni de *parquet* sino de unas tablas finas y oscuras que yo recordaba de los pisos de casas del pueblo en la época de mi infancia. Me fijé especialmente en él porque me hizo pensar en la casa de unas costureras adonde me llevaba mi madre cuando yo era muy chico; a esa casa tengo asociado un recuerdo raro. Una vez fuimos y en el salón donde trabajaban las costureras faltaba el piso, o gran parte de él, lo habían levantado por un arreglo, o se había caído, todo el salón era un gran pozo, muy hondo, con barrancas oscuras de tierra desmoronada y piedras, y agua en el fondo. Las costureras, y sus ayudantes y sus clientas estaban en los bordes. Todos se reían y hacían comentarios sobre la catástrofe, y daban explicaciones. Es uno de esos recuerdos inexplicables que a uno le quedan de su primera infancia. No creo que fuera tan extremo como me quedó, porque nadie puede vivir o trabajar en un lugar así. Yo era muy chico, quizás por eso el pozo me parecía tan grande. Como lo sigo teniendo tan vívido, una vez le pregunté a mamá si se acordaba. No sólo no se acordaba del pozo en el salón de las costureras, tampoco se acordaba de éstas. Me produjo un fastidio irracional que no recordara, como si me lo hiciera a propósito. En realidad no tenía por qué acordarse de un hecho trivial de sesenta años atrás. Pero quedó intrigada, y le dio vueltas al asunto durante todo un día. Yo no tenía más que un dato para ayudarla: una de las costureras tenía un dedo tieso, extendido y duro como un palo. A partir de ese dedo, que yo tenía muy presente, creía poder recordar a su dueña, como una mujer vieja, con el pelo castaño oscuro en un peinado muy rígido, grande y flaca, de huesos muy marcados; el dedo era enorme. De más está decir que el dato no sirvió de nada. Mi madre me interrogaba: ¿serían las de Adúriz, las de Razquín, las de Astutti? Me impacientaba que probara por el lado de los nombres, que a mí no me decían nada. Mis «nombres» eran el pozo, el dedo, cosas así, que no tenían nombre. No insistí más y me guardé el recuerdo del pozo como me había guardado tantos otros. El primer recuerdo que tengo, el primero de mi vida, es también de una excavación: la calle donde vivíamos era de tierra, y la asfaltaron, para lo cual tuvieron que levantar muchísima tierra y piedras, yo recuerdo toda la calle cuadrículada en pozos rectangulares como fosas, no sé por qué, ya que no creo que haya que hacer esa retícula para asfaltar una calle de tierra.

Esta recurrencia de los recuerdos de pozos, muy primitivos y quizás fantásticos, quizás venía a simbolizar «huecos» de memoria, o mejor huecos en las historias, que no sólo no se dan en las historias que cuento yo, sino que siempre estoy rellenando en las que me cuentan. A todo el mundo le encuentro fallas en el arte de narrar, casi siempre con razón. Mi madre y mi amigo eran especialmente deficientes en ese aspecto, quizás por esa pasión por los nombres, que impedían un desarrollo normal de

las historias.

Era realmente mágico. Les venían a los labios con una facilidad automática, en enormes cantidades. ¿Tanta gente vivía o había vivido en Pringles? Cualquier motivo era bueno para provocarles un nuevo racimo de nombres. Los que vivían en la cuadra. Los que se habían mudado de esa cuadra. Los que habían malvendido sus casas. Los que tenían plantaciones de hierbas aromáticas. Esto último salió a raíz de un elogio que empezó a hacer mi amigo de la comida, que derivó en el cuento de cómo había conseguido la salvia fresca para ponerle al arroz. La que venía envasada no era tan buena, en el proceso de secado perdía el aroma. Y su propia plantación de salvia había sido destruida casualmente unos días antes en uno de los tantos arreglos y ampliaciones que le estaba haciendo siempre a su casa. De modo que esa tarde había salido a tocarle el timbre a conocidos que sabía que tenían almacigos de hierbas. No tuvo suerte con el primero; su salvia estaba contaminada con un polvo quizás tóxico, quizás lavándola bien se la podía usar pero no valía la pena si era para quedarse de todos modos con la sospecha de que se iban a envenenar. Le pregunté si habían usado algún insecticida. ¡No, mucho peor! Además, Delia Martínez, que de ella se trataba, no usaba ningún producto químico en su jardín. El nombre, que para mí no significaba nada, sacó a mi madre de su silencio. ¿Delia Martínez, la casada con Liuzzi? ¿La que vivía en el Boulevard? Sí, era ella. Me llamaba la atención esa costumbre de referirse a las mujeres por su apellido de soltera; era como estar sacando a luz todo el tiempo la historia de la gente. Mamá dijo que se la había encontrado el día anterior y le había contado la angustia que estaba viviendo por culpa de la estatua... Mi amigo la interrumpió: justamente ése era el motivo de la contaminación de sus salvias, y demás hierbas, y de todo el jardín. Me explicaron, dando por sentado que yo no lo sabía, que esta mujer vivía frente a la plazoleta del *boulevard* donde estaba trabajando hacía meses un escultor, en un monumento comisionado por la Municipalidad. El polvillo del mármol volaba hasta su casa, la obligaba a vivir con las puertas y ventanas herméticamente cerradas, y había cubierto hasta la última hoja del jardín que era su pasión y su obra maestra de toda la vida. Había ido a quejarse al Intendente, a la radio, y a la televisión. Con gesto preocupado y mirando el plato a medio comer, mamá dijo que el polvo de mármol era malísimo para la salud. Era una novedad para mí, y me pareció un disparate, por lo que empecé a decir algo, con intención de disculpar a mi amigo en el caso de que hubiera usado esa salvia, pero él ya estaba dándole la razón enfáticamente: era lo peor que hay, un veneno, podía llegar a matar. Debía de saberlo, por su profesión. ¡Por supuesto que no había recogido salvia del jardín de Delia, que por lo demás nunca se la habría dado en esas condiciones! No, la salvia que condimentaba el arroz que estábamos comiendo provenía de otro lado. La misma Delia Martínez le había dado el dato bueno. La que tenía salvia era la señora de Gardey, la dueña de la Pensión Gardey. ¡Hermosa! exclamó mi madre, y empezó a hacer atropelladamente el elogio de esa mujer, que según ella a los noventa años largos seguía siendo bella, en su juventud

había sido *Miss Pringles*, y era hermosa por dentro como por fuera: buenísima, amable, dulce, inteligente, una excepción entre las viejas malas del pueblo. Mi amigo asintió con distracción y terminó el cuento diciendo que cuando fue a verla, la anciana señora lo había recibido diciéndole que no tenía habitaciones disponibles, que lo sentía muchísimo pero el casamiento de unos estancieros franceses había traído tanta gente al pueblo (algunos hasta de Francia) que su capacidad se había colmado: cuando él le explicó a lo que iba, ella fue a buscar unas tijeras, lo llevó a su jardín al fondo y cortó las hojas de salvia, no sin antes brindarle una «visita guiada» por su establecimiento. Mi madre: es hermosa, la pensión, tan bien cuidada, tan limpia, ella iba de joven a los bailes de carnaval que organizaba el difunto Gardey. Mi amigo la corrigió: no era el mismo edificio... Pero mamá estaba segura de lo que decía, lo contradijo con energía, y se explayaba entusiasmada con el recuerdo. Y sin embargo no era así, mi amigo lo sabía bien y la hizo callar con su conocimiento más preciso: la vieja Pensión Gardey, uno de los edificios más notables del pueblo, había sido demolida, y en el mismo sitio se había construido la actual, mucho más modesta y arquitectónicamente anodina. No había lugar a dudas porque hubo un juicio escandaloso que hizo época. Fue cuando el dueño del terreno lindero, que estaba baldío, quiso construir. Al examinar los planos del catastro, se descubrió que los constructores de la Pensión habían cometido un error y habían levantado la medianera diez centímetros más allá del lindero legal, sobre el terreno del vecino. El problema era grave: Gardey no podía comprar ese terreno, usurpado por inadvertencia, ya que no se podían escriturar fracciones menores al metro de ancho, y la oferta de una compensación monetaria quedaba librada a la buena voluntad de aceptarla por parte del otro. Hubo roces, desinteligencias, y terminaron en los tribunales; el vecino se mostró intransigente, y como lo asistía el derecho el resultado fue que la Pensión, ese fantástico palacio *Beaux Arts*, orgullo del pueblo y sede de los mejores recuerdos de los participantes de los grandes bailes de Carnaval, tuvo que ser echado abajo, ¡por diez centímetros! Aquí mi amigo al relatarlo hacía un gesto separando (diez centímetros) el índice y el pulgar. Había significado la ruina de Gardey, que era un hombre bueno; el vecino era malo, todo *Pringles* lo condenó. Gardey murió poco después, amargado, y fue su viuda la que había reconstruido la Pensión y la había administrado estas últimas décadas.

Pero volviendo al juguete de la muñequita ciega, que nos mostraba después de la cena: la plataforma tenía dos cuerdas, una de cada lado. ¿Funcionaba, todavía? Mi amigo dijo que lo hacía perfectamente, lo había sacado de la vitrina para «darnos una función». Tenía casi cien años, era de fabricación francesa, él le daba cuerda de vez en cuando, no mucho porque lo cuidaba como una de las joyas supremas de su colección, pero debía hacerlo andar para que no se enmoheciera. Básicamente eran dos mecanismos que debían marchar a la vez, por eso tenía dos cuerdas. Uno era una cajita de música, el otro un movimiento de autómatas. Un botoncito de resorte en la parte delantera aseguraba la simultaneidad. Lo presionó, y procedió a dar las cuerdas.

Eran dos «mariposas» de bronce muy pequeñas, que hizo girar con la habilidad que le daba una larga práctica. Sus dedos gruesos y rugosos parecían inadecuados para esos dispositivos de miniatura, pero lo hacían sin errores. Eran manos hinchadas y a la vez gastadas, de albañil. Una vez me había dicho que si cometía crímenes no tendría que temer a los peritos dactiloscópicos, porque el contacto con los ladrillos y «la mezcla» le habían borrado las huellas digitales. Noté que mi madre seguía estas maniobras con mal disimulada impaciencia, sólo por un deber de cortesía. No es que la cortesía le importara mucho, pero quizás estaba un tanto intimidada. Con la típica insensibilidad del coleccionista, mi amigo jamás notaría que a ella le eran indiferentes sus juguetes y cuadros y objetos. Y tal vez algo más que indiferentes. Mamá los encontraba inexplicables, inútiles (lo eran, en forma eminente), y por lo tanto malsanos. Me di cuenta de que a este sentimiento, que había venido creciendo durante toda la cena, contribuía la iluminación. Habíamos comido con velas, pero después, al recorrer las galerías, veía que toda la casa estaba a media luz. Algunas lámparas de pie en los rincones, sobre mesitas o repisas, difundían un resplandor velado a través de las pantallas. Mi madre, toda mi familia, había vivido siempre a luz plena en los interiores, luz de focos desnudos, los más potentes que ofreciera el mercado, o tubos fluorescentes. Sentí que ella desconfiaba de este sistema de lámparas discretas artísticamente diseminadas en el ambiente, como un sospechoso símbolo de clase. Mi amigo, que a diferencia de nosotros provenía de lo más craso del proletariado, había hecho una larga y gradual carrera de refinamiento gracias al contacto con sus clientes ricos a los que les había construido las casas. Su pasión de anticuario había hecho el resto.

Además, había viajado. No en viajes culturales o de aprendizaje, pero algo se le debía de haber pegado de su recurrencia al Viejo Mundo. Como tantos inmigrantes italianos, había regresado a visitar a la familia no bien sus medios se lo habían permitido. Sus padres, que lo trajeron a la Argentina cuando él era un párvulo, habían dejado numerosos parientes en Nápoles. Él había hecho su primer viaje muy joven, no bien murieron los padres, y volvió muchas veces, acumulando una vasta experiencia europea de la que no cesaba de extraer datos y cuentos con los que sazonar su conversación. Durante la cena, sin ir más lejos, nos había regalado algunas anécdotas curiosas. Una de ellas surgió a propósito de enfermedades (mi madre había mencionado, no recuerdo a cuento de qué, los males que padecía una vecina): sus primos napolitanos, y quizás, deducía, todos los napolitanos de las clases populares, ocultaban las enfermedades como algo vergonzoso. Una de sus visitas había coincidido con una operación quirúrgica menor que debía hacerse una de sus tías. Hicieron mil maniobras para ocultárselo, cosa que no resultaba fácil. Las puertas cerradas, los silencios repentinos, las ausencias, las mentiras patentes (esa gente era muy ingenua), las conversaciones que se interrumpían cuando él entraba, lo intrigaron, y en el intento de explicarse lo que pasaba llegó a la conclusión de que se trataba de algo relacionado con la Mafia. ¿Qué otro motivo podía tener tanto secreto?

El día de la operación debían sacarlo de la casa, y lo hicieron con la excusa de llevarlo a una exposición de cactus que se realizaba en una localidad cercana, pero no muy cercana, como para que la excursión durara todo el día. Lo llevó un primo en su auto, con toda la familia. Los niños, adoctrinados para perfeccionar el engaño, fueron todo el viaje parlotando con falso entusiasmo sobre los cactus, como si ir a verlos fuera la coronación de todos sus deseos. Él, por supuesto, no tenía ningún interés especial en los cactus, y estuvo todo el tiempo distraído pensando que se encontraba en medio de una operación mafiosa que dejaría un tendal de muertos. Aun así, la exposición le resultó interesante. Recordaba uno de los cactus, pequeñito y con la forma perfecta de un sillón, con muchísimos pinches: se llamaba «apoya-suegras».

Una vez que hubo hecho girar hasta el tope las dos cuerdas presionó el botoncito del resorte y el juguete empezó a funcionar. Mi amigo lo colocó, sobre la palma de la mano, en dirección a nosotros dos para que no nos perdiéramos detalle. Se abrió la puerta del dormitorio y entró un hombre joven y gordo que avanzó tres pasos sobre un riel invisible hasta quedar a los pies de la cama, donde empezó a cantar un tango, en francés. El mecanismo musical marchaba bien a pesar de la edad del aparato, aunque el sonido se había apagado mucho. La voz del gordo cantor era aguda y metálica; la melodía era difícil de descifrar, las palabras no se entendían. Hacía gestos con los dos brazos, y echaba atrás la cabeza, histriónico, fatuo, como si estuviera en el escenario de un teatro. La viejecita en la cama también tenía movimiento, aunque muy discreto y casi imperceptible: balanceaba la cabeza hacia la derecha y la izquierda, en una imitación muy lograda de los gestos de un ciego. Y mirando con atención podía verse que con las manos, con el índice y el pulgar de cada mano, recogía miguitas o pelusas del cubrecama. Era un verdadero milagro de la mecánica de precisión, si se tiene en cuenta que esas manitos de porcelana articulada no medían más de cinco milímetros. Yo había oído decir alguna vez que esos gestos de recoger miguitas imaginarias eran propios de los agonizantes. Los autores del juguete debían de haber querido significar la cercanía de la muerte de la anciana. Lo que me hizo pensar que toda la escena estaba representando una historia; hasta ese momento me había limitado a admirar el arte prodigioso de la máquina, sin preguntarme por su significado. Pero éste seguía sumergido en una extrañeza superior, y sólo se podía conjeturar. Quizás se trataba de una anciana postrada, al borde de la muerte, a la que su hijo venía a entretener cantándole. ¿O sería un cantante profesional, contratado por la vieja? A favor de esta hipótesis estaba el traje negro del gordo, y su apostura y seguridad. En contra, lo modesto del cuartito, modestia subrayada con detalles muy deliberados. Además, el mito del tango hacía más adecuado que fuera un hijo y su «viejita», en la que el hombre decepcionado de las mujeres confirmaba que ella era la única mujer buena, la que no traicionaba. Él podía haber vuelto a la casa materna después de que su esposa, «la mina», lo dejara, y se había abandonado a la obesidad, al pijama y las chancletas, pero a cierta hora de la tarde todos los días se vestía y acicalaba (como puro ritual porque ella, ciega, no lo veía), y se presentaba en el

cuarto de la madre a cantarle unos tangos, con esa voz y ese sentimiento en los que ella encontraba la cifra de la vida que se iba... ¿Pero por qué tangos, si era un juguete francés? Eso era extraño, y no era lo único que quedaba sin explicación. Lo que sucedía a continuación era más extraño aún.

En efecto, no bien el diminuto autómatas gordo empezaba a cantar, se echaba a andar la segunda cuerda. Como había dicho mi amigo, había dos mecanismos simultáneos; hasta ese momento la escena había sido accionada por los engranajes de la «cajita de música», convencional aunque muy sofisticada. Lo que hacía la originalidad del juguete era la acción complementaria de un segundo juego de movimientos. Se agitaron los faldones del cobertor que caían a los costados de la cama (imitaban tela pero también eran de porcelana), y de abajo de ésta salían reptando unas aves grandes, grullas o cigüeñas, muy blancas, se arrastraban por el piso, moviendo las alas extendidas, y, aunque aves, no alzaban vuelo sino que seguían pegadas al piso. Seguían saliendo de abajo de la cama, hacia los dos lados, diez, doce, una bandada entera, hasta cubrir el piso del dormitorio, mientras el cantor gordo despachaba su tango mecánico en francés. Al terminar, retrocedía sin dar la espalda hasta trasponer la puerta, que se cerraba, los pajarracos volvían abajo de la cama y la anciana a su inmovilidad, todo muy rápido, en un instante, seguramente por medio de resortes. Mi amigo devolvió su pequeña maravilla a la vitrina, con risas, mientras yo la elogiaba. Toda la exhibición no había durado más de dos minutos, y debió de ser esta velocidad la que hizo que mi madre no entendiera nada, ni siquiera de qué se trataba ni qué era ese objeto. Yo sabía que su percepción, por causa de la edad, era más lenta y trabajosa que la nuestra, y que para que apreciara algo tan raro como ese juguete habría que haberla preparado y dado tiempo. No se lo dije a mi amigo porque no valía la pena: de todos modos mamá habría encontrado vano y criticable todo el asunto. En ella había ido creciendo, desde el momento de entrar a esa casa, un sentimiento hostil. Ellos dos sólo se entendían cuando pronunciaban nombres (apellidos) del pueblo; en todo lo demás, ella se retraía enérgicamente. Mi amigo podía creer que la divertiría o le traería recuerdos con sus juguetes antiguos, pero no era así. Ella, que había vivido toda su larga vida comprometida con la realidad, no podía estar más lejos de la admiración hacia estos objetos caros e inútiles. Después de todo, mi amigo y yo éramos hombres adultos, maduros, casi viejos (mi amigo ya tenía nietos); lo infantil era una intrusión malsana, desde el punto de vista de mamá. Que yo me mantuviera soltero, que nunca hubiera tenido un trabajo serio, la preocupaba, aunque seguía viéndome, a su modo, como un niño, y conservaba la esperanza de que yo empezara a vivir, en cualquier momento. Yo sabía que creía que mi amigo había sido una mala influencia para mí, que yo lo había tomado de modelo y ése era el motivo de mis fracasos. Pero él no se había tomado de modelo a sí mismo. Al margen de sus rarezas había hecho su vida, tenía una familia, se había enriquecido, mientras yo seguía esperando. Ese costado infantil de él prevalecía sobre mí como una condena... En realidad no era así, creo. No era una verdadera

influencia. Aunque debo reconocer que me atraía. Era el motivo por el que seguía viéndolo, o mejor dicho oyéndolo. Aunque él no sabía relatar sus aventuras (no tenía el don natural del narrador), en éstas había elementos objetivos de fábula que yo reconstruía y ordenaba mentalmente. Tenía algo mágico, el modo en que los personajes y los hechos más curiosos se adherían a él. A mí nunca me pasaban cosas así. En las que le pasaban a él había siempre algo de cuento de hadas, que él parecía no advertir, se le confundían con la realidad... porque eran su realidad. El modo prosaico y sin gradaciones con que las contaba hacía resaltar lo objetivo de la emergencia de la fábula en su vida. En ese sentido, su casa era su autorretrato, una cámara de maravillas.

Todos los cuentos que nos había hecho durante la cena habrían podido ilustrarse con dibujos de libro para niños. Hasta los que habían sido contados en un paréntesis o una digresión, como cuando nos explicó por qué no había podido utilizar para la comida la salvia que cultivaba él mismo en su jardín. Sucedió que un enanito de ochenta y ocho años se había caído encima del cantero desde una gran altura y había aplastado las frágiles plantitas. ¿No era asombroso? De alguien con imaginación se habría podido sospechar que lo estaba inventando, pero él no tenía imaginación. Se diría que no la necesitaba, porque la realidad la suplía.

Sin embargo el hecho obedecía a las causalidades más rutinarias de la historia cotidiana. Siempre estaba haciendo arreglos o mejoras en su casa, por perfeccionismo innato o deformación profesional, no podía con su genio. Esta vez había descubierto que la canaleta en el techo de la cocina no desagotaba bien, es decir a la velocidad que le exigían los chaparrones del fin del verano, y decidió construir un pequeño desnivel. Puso a trabajar a un albañil de su equipo, y como era un asunto de muy poca monta (tres ladrillos) le bastó con el «Señor Fofesno». Se trataba en realidad de un ex albañil, un hombre que había trabajado con él en innumerables obras antes de retirarse, cosa que había hecho ya octogenario. Nunca había pasado de la categoría de peón auxiliar; no era una lumbrera; quizás no era del todo normal, y su tamaño era el de un enano, sin ser un enano propiamente dicho. Mi amigo había seguido empleándolo en diversos trabajos en la casa y el jardín, y lo apreciaba mucho por su optimismo y su honestidad. El apodo, de vieja data, se lo habían puesto sus compañeros burlándose de la confianza que le tenía a un medicamento que le habían dado una vez en el Hospital y que él siguió tomando y recomendando durante años, algún «fosfeno», que en su risueña ignorancia de albañiles de pueblo se volvió «fofesno» y así quedó. Pues bien, ya colocados los ladrillos en el techo, revocando el costado visible trepado a una escalera (los techos de esa casa eran altísimos), el Señor Fofesno se había venido abajo y cayó sobre las salvias. Increíblemente, no se hizo nada. Quedó medio aturdido un momento, pero después se sacudió el polvo de la ropa y al rato ya estaba otra vez subido a la escalera y terminaba el trabajo. Mamá, que poco tiempo antes se había quebrado una costilla por un resbalón en la calle, alabó a la Providencia aunque yo sabía que interiormente lamentaba que «ese viejo

pelotudo» no se hubiera muerto. Mi amigo coronó la historia con un elogio general a la personalidad del Señor Fofesno. Lo despertaba por las mañanas cantando en el jardín, y cuando le preguntaba de dónde sacaba tanta alegría, le respondía: «A veces me despierto mal, triste del alma y dolorido del cuerpo, y entonces me levanto, me visto y me voy caminando hasta el Cementerio, ida y vuelta, y se me pasa todo, porque la caminata me libera las endorfinas». Todo un ejemplo, a su edad. Que el destino de este paseo terapéutico fuera el Cementerio no tenía ningún significado especial: los tres referentes para las caminatas largas en el pueblo eran el Cementerio, la Estación, y la Virgen (un santuario), los tres a un kilómetro del centro. Pero el más tradicional era el Cementerio.

En mi familia, el camino del Cementerio lo hacíamos siempre en auto, salvo una vez que lo hicimos a pie, como los pobres. Debió de ser un domingo que mi padre estaba de viaje. Los pringlenses en general caminaban poco, a todas partes iban en auto, por eso el kilómetro parecía una enormidad. Hasta la mitad más o menos ese camino, asfaltado, tenía eucaliptus a los lados, el tramo final lo hacía desnudo y entre descampados. Siempre he pensado que uno de esos eucaliptus lo planté yo, pero puede ser un recuerdo falso; sé que es un recuerdo vago, confuso. Un año, cuando yo apenas empezaba la escuela, se celebró el Día del Árbol con una plantación hecha por escolares, y nos llevaron al camino del Cementerio. A mí, como mejor alumno del grado, me tocó plantar uno, supongo que me pusieron, quizás junto a unos compañeritos, frente al hoyo ya cavado, y yo metí el arbolito... Lo tengo muy desdibujado, pero un detalle del episodio lo tengo muy claro, tan claro que me pregunto si no será lo único que pasó, y lo demás lo inventé para completarlo. Nos hicieron aprender un poema para recitar en el acto, y el poema estaba en un libro, y recuerdo perfectamente (más que recordarlo puedo verlo, y ver la altura de la página donde estaba) un pasaje de ese poema, dos versos:

*ngo una semilla
este aujerito*

En la última palabra había una «llamada», es decir un pequeño asterisco «volado», que remitía al pie de la página donde se repetía el asterisco volado y había una palabra: «agujerito». Por una evidente razón de métrica, y quizás para darle más naturalidad al recitado del niño, el autor había puesto la palabra en su forma coloquial. Pero como se trataba de un texto escolar y había que preservar la corrección, remitía a esa nota al pie. De todos modos, un árbol no se planta con una semilla sino con un «plantín», o como se llame. Cincuenta años después, los eucaliptus del camino al Cementerio eran enormes y viejos, y yo nunca sabría cuál era el «mío», si es que era alguno.

Volviendo a mi amigo y los accidentes pintorescos de su vida: el del Señor Fofesno tenía su equivalente en una vitrina. Era un autómata minúsculo, un muro

descascarado y encima un huevo, con patitas (cruzadas), bracitos, cara (era todo cara) y sombrero con pluma. El dueño le dio cuerda y lo hizo funcionar. Al son de una musiquita incoherente con lo dramático de la acción, el huevo se balanceaba aparatosamente y caía, deslizándose por un riel disimulado en la pared; caía de cabeza, o más bien de sombrero, porque era todo cabeza, y al tocar el piso se «rompía» en varios pedazos; no se rompía en realidad sino que se abría, simulando rotura, por unas líneas en zig zag que hasta entonces se habían mantenido invisibles. Ahí la musiquita soltaba unas notas discordantes, de desastre. Con las últimas vueltas de cuerda el huevo volvía a cerrarse, un resorte lo hacía saltar de vuelta arriba del muro, y quedaba como al comienzo. A diferencia del juguete anterior, éste ilustraba una historia muy conocida, la de Humpty Dumpty. El original lo había hecho Fabergé, para los hijos del zar. Éste que tenía mi amigo era una réplica de lata fabricada en la Argentina hacia 1950 para promocionar una revista infantil supuestamente dirigida por un simpático huevo periodista, versión nacional de Humpty Dumpty, al que habían llamado Pepín Cascarón. Esta función publicitaria del juguete estaba registrada en los versos escritos en una página de la minúscula revista de lata que estaba apoyada abierta al pie del muro:

*Pepín Cascarón a un muro subió.
Pepín, pobre huevo, cayó y se rompió.
Los ballos y hombres del Rey acudieron
a mirar sus pedazos, mas nada pudieron.
Un sabio argentino, mostrando gran ciencia
reparó sus pedazos con cola y paciencia.
Y ahora sano el huevo, muy buen periodista,
a los niños y niñas brinda su revista.*

En la página de enfrente a la que tenía el poema, un dibujo mostraba a Pepín Cascarón en el momento en que se caía.

Noté que mi madre, que había apreciado este juguete menos todavía que el anterior, estaba impaciente por irse, así que apunté a la salida de la galería que daba al salón, y hacia allí fuimos. Pero mi amigo nos guió a través del salón hacia el gran comedor oscuro (habíamos comido en uno pequeño más íntimo, en el otro extremo de la casa), y encendió una luz, que era un gran pato de plástico blanco translúcido en un rincón; el resplandor, muy suave, no alcanzaba a iluminar las profundidades cavernosas del ambiente, pero bastaba para entender que el comedor no se usaba. Estaba demasiado lleno de muebles y objetos. La boiserie era oscura, y la tapaban vitrinas, percheros, estanterías, cuadros, estatuas, en todo el perímetro. Un gran trinchante ocupaba la mayor parte de una pared lateral; su espejo nos reflejaba como figuritas perdidas entre los muebles. Debíamos circular rodeando la mesa, muy larga y totalmente cubierta de cajas, instrumentos antiguos de óptica y máquinas. Colgados

de las paredes, muy alto, hileras de marionetas. El comedor era muy grande, y los innumerables objetos que lo llenaban muy pequeños. Las colecciones que había reunido mi amigo a lo largo de su vida tendían de modo natural a la miniatura, aunque casi no hubiera miniaturas propiamente dichas. Juguetes, autómatas, muñecos, títeres, dioramas, rompecabezas, caleidoscopios, todo marchaba hacia la reproducción, y la reproducción hacia la disminución en escala. Sin embargo, en ese momento de la velada hubo una reversión hacia lo gigante. Con una sonrisa cómplice mi amigo abrió una puertita baja y me invitó a mirar. Lo que vi se parecía, más que nada de lo que había visto hasta entonces, a una ilustración de un libro infantil. El cuarto al que daba esa puerta era diminuto, seguramente había sido hecho para el servicio del comedor: estaba enteramente ocupado por una muñeca, que a duras penas cabía (lo primero que pensé fue cómo habría hecho para meterla). Era descomunal, parada debía de medir cuatro metros de alto. Estaba sentada en el suelo, con la cabeza tocaba el techo, apoyada en una pared con las piernas recogidas, las rodillas tocaban la pared de enfrente. Representaba a una niña de siete años, rubia, con un enorme vestido de gasas y tules rosa, la cabezota allá arriba tenía los ojos abiertos. Mi madre se asomó entre nosotros dos y se retiró de inmediato con un gesto de disgusto cercano al terror. Momentos antes yo había seguido su mirada, que volvía, preocupada, a un Atlas que había sobre la mesa. Era un Atlas Larousse del siglo XIX. Creí que por fin había encontrado algo que le interesaba; ella era una entusiasta de los mapas y atlas, y tenía más de uno en su casa, para consultar cuando sacaba palabras cruzadas. Me incliné sobre la mesa y lo abrí por la mitad, con considerable dificultad. Pero ella se negó a mirarlo de cerca; al contrario, apartó la vista murmurando «¿pero por qué es tan grande?» Lo era, realmente; debía de medir más de un metro de alto por setenta centímetros de ancho, y como el papel en que estaban impresos los mapas era muy delgado, se hacía incómodo manipularlo. Sentí la corriente de desconcierto asustado que emanaba de mi madre, y en cierto modo la comprendí, y hasta la compartí. Ese tamaño exagerado asustaba un poco. Mi amigo no vio ni oyó este breve intercambio, ocupado en buscar algo, y como la busca lo llevó hasta la puertecita, se acordó de la muñeca gigante que quería mostrarnos, y la abrió y nos llamó.

Después reanudó la busca, hasta encontrar una cámara digital, con la que quería sacarnos unas fotos como recuerdo de la velada. Para mamá fue una tortura más, pero, ya definitivamente desorientada, debió de pensar que era un trámite necesario para poder irse. No fue tan breve porque mi amigo, que no dominaba el manejo de la cámara, repetía las tomas, y se le ocurrían nuevos enfoques, y como se fue entusiasmando, quiso que nos pusiéramos máscaras, de las que tenía una provisión inagotable. Su veta infantil salía a luz con cada chispazo del *flash*. En el clímax, sacó una máscara de elefante, de goma, que se calzaba en toda la cabeza como una escafandra; era de tamaño casi natural, y de un realismo asombroso. Se la puso él, después me la puse yo, y menudearon las fotos.

Después, nos acompañó hasta afuera y se ofreció a llevarnos en auto. Yo prefería

caminar (vivíamos muy cerca), y mamá dijo lo mismo; el aire frío de la noche la había reanimado. Puso una mano en la puerta de calle y la acarició diciendo: «mi puerta, mi querida puerta». En el tono había menos nostalgia que reproche, que venía de lejos y se repetía cada vez que se presentaba la ocasión. La puerta de dos hojas, altísima, era realmente magnífica, una obra maestra de la antigua ebanistería, con tallas de serpiente y flores que fluían en ritmos simétricos y se abrían en amplias ondas armoniosas alrededor de las manijas de bronce. Había sido la puerta de la casa en la que mi madre había pasado la infancia. Hacía unos diez años esa casa, que cambió de dueño varias veces y terminó siendo una dependencia oficial, fue demolida, y mi amigo, que estaba en el negocio inmobiliario, se quedó con la puerta, y la instaló en su casa. Mi madre no se lo perdonaba, aunque en realidad habría tenido que agradecersele porque de otro modo la puerta se habría perdido; menos le perdonaba que la hubiera pintado de negro, y las flores de colores brillantes, un mamarracho según ella, una falta de respeto a la valiosa reliquia.

II

Eran apenas pasadas las once cuando llegamos a casa. Mamá fue todo el camino protestando por lo tarde que se había hecho, por la comida, por todo, y en especial por las extravagancias de mi amigo. De dónde sacaba la plata para comprar tanta porquería. Cómo podía convivir con ese cotillón fantástico, que no servía para nada. Y debían de ser caras, ¿o se las regalarían? Volvía a la cuestión económica, escandalizada, ofendida, como si mi amigo comprara sus juguetes con dinero de ella. Se lo dije. Cada cual hacía lo que quería con su plata, ¿no? Además, era un hombre rico. Esto último me costó decirlo; últimamente yo evitaba hablar de finanzas, tan grave había sido el descalabro de las mías; yo había quebrado, me habían rematado la casa y el auto, había tenido que refugiarme en el departamento de mamá y vivir de su jubilación (si eso podía llamarse vivir). Ella reaccionó de inmediato a mis palabras, con algo sorprendente: ¡Qué rico ni qué ocho cuartos! ¡Estaba fundido! No tenía un centavo, lo había perdido todo, lo único que le quedaba era esa casa, y encima llena de basura horrenda. No le di mucho crédito, o mejor dicho ninguno: desde mi debacle decía lo mismo de todo el mundo, hasta de los comerciantes más notoriamente prósperos y los chacareros más opulentos. De creerle, la ruina colectiva se había abatido sobre todos los pringlenses. Lo decía por mí, por un sentimiento maternal tan instintivo y ciego que no retrocedía ante el absurdo o la mentira, que por otra parte ella terminaba por creerse. Si su intención era consolarme, fallaba. Yo veía que ya había llegado al estadio de querer que sus mentiras se hicieran verdad, de desear la desgracia ajena, y eso le estaba agriando el carácter. Y como además de decírmelo a mí se lo decía a cualquiera, se estaría haciendo una reputación de difamadora o ave de mal agüero; la gente empezaría a evitarla, y yo tendría que cargar, junto con mi fracaso personal, con la culpa de haberle arruinado sus últimos años de vida (porque la sociabilidad del pueblo constituía toda su vida).

Así que traté de sacarla del error. Pero los detalles que empezó a darme me hicieron dudar de que fuera un error. Le dije que mi amigo tenía su compañía de construcción, que trabajaba mucho... Me contradijo con la mayor seguridad: No, qué esperanza. No trabajaba nada, todos estaban fundidos, la construcción se había parado. Además, la empresa ya no era suya, el socio lo había estafado y lo había dejado en la calle. Apoyaba sus argumentos con nombres y más nombres, los nombres de los que le habían encargado trabajos y no le habían pagado, los nombres de sus acreedores, los de quienes le habían comprado las pocas propiedades que le quedaban y que él tenía que vender para saldar sus deudas. Los nombres hacían verosímil la historia, aunque sobre mí provocaban más efecto de admiración que de verificación. Me impresionaba que mi madre, a su edad, tuviera siempre los nombres en la punta de la lengua; es cierto que tenía mucha práctica, porque todas sus conversaciones (y presumiblemente sus pensamientos) trataban de gente del pueblo. Yo no sabía ni siquiera el nombre del socio de mi amigo. Los apellidos del pueblo me

sonaban, a todos los había oído antes, miles de veces, pero por algún motivo me había negado siempre a asociarlos con la gente que veía en la calle. No había hecho la asociación de chico, y ya no la hice más. Con los años llegó a amilanarme el trabajo que me costaría aprender, sobre todo al ver el virtuosismo con que lo dominaban los demás. Aunque no podía ser tan difícil. Debía reconocer que mi negativa tenía algo de pertinaz. Pero no era tan grave, igual se podía vivir y relacionarse. Aunque a la larga los demás tenían que darse cuenta de mi falla; yo no funcionaba con la taquigrafía de los nombres y su red de parentescos y vecindades: necesitaba explicaciones suplementarias; mis interlocutores, en el caso de que no me consideraran retardado mental, podían creer que se trataba de desdén, o indiferencia, o un injustificado sentimiento de superioridad. Quizás era el motivo de que me hubiera ido mal en los negocios. Alguien que no sabía cómo se llamaba el vecino al que veía todos los días, no podía inspirar confianza.

Mamá y mi amigo se habían pasado la cena tirando nombres. A partir de ese entendimiento, yo había supuesto que ella iba a disfrutar de la velada, pero por lo visto no había sido así. Llegó a casa malhumorada, en el ascensor iba soltando suspiros de impaciencia, y al entrar al departamento fue directamente al baño a tomar su pastilla para dormir. Antes de acostarse tuvo tiempo de protestar una vez más por lo tarde que se había hecho y lo mal que lo había pasado. Yo me tiré en un sillón y prendí el televisor. Ella pasó por última vez desde la cocina, con un vaso de agua, me dio las buenas noches y se encerró en su cuarto.

—No te acuestes tarde.

—Es temprano. Y mañana es domingo.

Mis propias palabras me deprimieron. No sólo porque los domingos eran deprimentes, sino porque para mí todos los días se habían vuelto domingos. La desocupación, la conciencia del fracaso, la relación anacrónica de un hombre de sesenta años con su madre, el celibato ya irremediable, me habían envuelto en esa melancolía tan característica de los días muertos. Cada mañana, y cada noche, me proponía empezar una nueva vida, pero siempre fui postergador, condescendiente con mi voluntad enferma. Y un sábado a las once de la noche no era el momento adecuado para tomar decisiones importantes.

La televisión se había vuelto mi única ocupación real. Y ni siquiera me gustaba. En mi juventud no existía (en Pringles), y cuando viví solo no tuve televisor, así que no me hice el hábito, no le tomé el gusto. Pero desde que me mudé al departamento de mamá no tenía otra cosa.

Cuando me quedé solo, me puse a hacer *zapping*. Siempre hacía lo mismo, y por lo que sé mucha gente lo hacía, sistemáticamente; para muchos «mirar televisión» era lo mismo que hacer *zapping*. Para mí, lo era. Nunca me enganchara con las películas, quizás porque siempre las encontraba empezadas y no entendía el argumento, y además nunca me gustó el cine, ni las novelas. Los canales de noticias no eran mejores, porque tampoco me enganchara con los casos policiales que estaban en el

candelerero, y mucho menos con las guerras o catástrofes. Y así con todo lo demás. Había setenta canales, y muchas veces los pasaba a todos, uno tras otro, y volvía a pasarlos, hasta que me cansaba (se me dormía el dedo con el que apretaba el botón del control remoto) y lo dejaba en uno cualquiera. Al cabo de un rato reunía no sé qué fuerzas de desaliento o de tedio y volvía a cambiar. Como pasaba tardes enteras frente al televisor, no podía dejar de notar, a la larga, lo inútil e irracional de este pasatiempo. Mamá insistía en que saliera a caminar, y yo mismo me lo proponía, pero mi desidia triunfaba. Recordé lo que un rato antes había contado mi amigo, del anciano bajito que se iba hasta el Cementerio por las mañanas. Ahí podía haber un buen motivo para estimularme; no el ejemplo de un nonagenario sano y activo (aunque era un buen ejemplo), sino la curiosidad de encontrármelo. Había dicho que él lo hacía sólo cuando se despertaba deprimido o dolorido, o sea que no lo hacía todos los días. Yo sí debería hacerlo todos los días, para no perderme la ocasión en que él lo hiciera. Por supuesto que ver pasar a un viejo caminando no tenía mucho atractivo, pero estaba la pequeña intriga de saber si la historia era real, y yo me conformaba con poco. Los cuentos que contaba mi amigo siempre tenían, como dije, un aire de fábula; confirmar uno en la realidad podía tener alguna emoción. En la etapa de mi vida en la que me encontraba, yo había llegado a la conclusión de que nunca sería protagonista de ninguna historia. Todo lo que podía esperar era asomarme a la realidad de una ajena.

Sea como fuera, no me veía levantándome al amanecer del día siguiente, ni de ningún otro día, para emprender una caminata ni para ninguna otra cosa. Lo cual era una pena, porque tampoco salía de noche. La noche de Pringles era de los jóvenes, sobre todo una de sábado como ésta. Al volver había visto el movimiento en las calles, y ahora frente al televisor recordé que el canal de cable local tenía un programa en vivo las noches de sábado.

Hoy día todos los pueblos, aun algunos muchos más chicos que el nuestro, tienen su canal de cable. Deben de ser un buen negocio, con poca inversión inicial y abundantes beneficios marginales. Pero llenar los horarios con programas más o menos aceptables es difícil. El canal de Pringles chocaba en ese punto con una imposibilidad definitiva. Era un verdadero desastre, aunque se limitaba a unas pocas horas diarias: un noticiero al mediodía, otro a la noche, y después de éste un programa de campo, a cargo de un ingeniero agrónomo, otro de deportes, y, según los días de la semana, una película, videoclips, una función de música en el Teatro Español, o una sesión del Concejo Deliberante. Los noticieros los llenaban con actos escolares, aburridísimos. Todo era precario, mal iluminado, mal filmado, mal editado, además de previsible y repetido. Ni siquiera tenía la gracia del disparate. Aun reconociendo que es más fácil criticar que hacer, los pringlenses teníamos motivos para quejarnos. Faltaba creatividad, imaginación, sensibilidad, o en todo caso un poco de audacia.

El programa nuevo de los sábados a la noche apuntaba a un atisbo de redención

en esos rubros. Estaba a cargo de María Rosa, la joven locutora de los noticieros, y la idea consistía en que ella saliera en su *scooter*, acompañada del camarógrafo, a recorrer boliches y restaurantes y fiestas. Yo había visto unos pasajes los sábados anteriores. De la pobreza de los resultados podía culparse a la falta de ajustes, lógica en un programa nuevo. Pero había una atmósfera general de inepticia que hacía pensar que no mejoraría con el tiempo. Era como si no les importara que saliera bien o mal, cosa tan frecuente y que se vuelve tan intrigante. La luz faltaba o sobraba, el sonido fallaba. Si se veía o se oía algo, era por casualidad. Querían darle un aire improvisado, informal, juvenil, pero con tanta ingenuidad que creían que eso se conseguía actuando de modo improvisado, informal y juvenil; el resultado era ininteligible. Además, ¿qué se proponían, al entrar a una disco, o a una cena de camaradería en el Fogón de los Gauchos, y preguntarle a la gente cómo la estaba pasando? No parecían habérselo preguntado. Si era un muestreo sociológico, estaba mal hecho; si querían mostrar cómo se divertían los ricos y famosos, iban mal porque en Pringles no los había. Ni siquiera podían contar con el deseo de la gente de verse a sí misma en televisión, porque como el programa se transmitía en vivo no se veían; lo único que podían esperar era que algún pariente trasnochara para ver ese bodrio y al día siguiente les dijera «te vi».

Ya había empezado cuando lo sintonicé, y me entretuve un rato analizando los defectos. Ahora veía el principal, que tenía que ver justamente con la transmisión en vivo: eran los tiempos muertos, interminables, que separaban un evento de otro, por más que María Rosa acelerara su motito. Eso tampoco lo habían previsto. Como no habían conseguido publicidades, no había cortes; el camarógrafo montaba como podía en el *scooter*, a espaldas de María Rosa, y la cámara seguía mostrando, con salvajes movimientos, cualquier cosa, el cielo estrellado, faroles, fachadas, árboles, el empedrado, en un vals convulsivo. Tenía que aferrarse con una mano a la conductora, con la otra sostenía al hombro la pesada cámara, y eso duraba largos minutos. María Rosa trataba de llenar el lapso con comentarios, pero, además de que no tenía nada que decir y estaba distraída con el manejo del vehículo, su mala dicción y el ruido del motor hacían imposible entender nada.

Justamente, cuando lo enganché estaban en uno de esos trayectos. Y cuando terminé de hacer mis críticas severas y rencorosas (como si me importara) seguían en camino, a toda velocidad. Imposible saber adónde iban: el bamboleo de la imagen era frenético, y las pocas imágenes vagas que interrumpían la tiniebla en algún salto, no me decían nada. El ruido del motorcito del *scooter*, exigido al máximo, tapaba la voz de María Rosa, que hablaba sin pausas, hacía bromas, se reía, parecía muy excitada. Lo soporté unos minutos más, y como no llegaban a ninguna parte hice *zapping*. Di toda la vuelta a los setenta canales, y cuando volví, después de lo que me pareció un largo rato, seguían en lo mismo. Era el colmo.

¿Adónde irían? ¿Se habrían convencido al fin de que la noche de Pringles no daba para más, y querrían explorar la de algún pueblo vecino, como Suárez o Laprida?

Suárez era el más cercano, pero aun así les llevaría una hora y media llegar, y no podían ser tan irracionales; además, en la ruta habrían tenido una marcha más serena; a juzgar por los saltos y barquinazos iban por calles de tierra, y doblaban, y en algunos vertiginosos pantallazos diagonales el foco incorporado a la cámara iluminaba árboles y de vez en cuando una casa. Debían de estar en los arrabales del pueblo, quizás se habían perdido. Quizás habían abierto un boliche en las afueras, o en el barrio de la Estación, que estaba lejos. No me parecía probable. Había un restaurante de camioneros en la rotonda de la ruta cinco, la famosa Tacuarita a la que solían asistir *gourmets* pringlenses, pero el camino era por la ruta, y evidentemente no iban por una ruta.

Se me ocurrió otra explicación, mucho más plausible: se había producido un accidente, María Rosa se había enterado, y volaba al lugar, dando la espalda a la frivolidad de la diversión nocturna, en favor de una noticia de verdad. Las noches de sábado eran las más propicias a las catástrofes con autos: medio Pringles había perdido la vida o quedado rengo en ellas. Lo raro en ese caso era que yo no hubiera oído la sirena de los bomberos. Pero era el mejor motivo para que la reportera emprendiera esta larga travesía. Debía querer llegar a tiempo para filmar los cadáveres y hablar con los testigos o algún sobreviviente.

Todas mis suposiciones resultaron erróneas, menos una: la cámara nocturna realmente iba tras una noticia imprevista, de la que se había enterado en medio de su recorrida por los boliches. Pero no era un accidente de ruta, ni un incendio ni un crimen, sino algo mucho más extraño, tanto que nadie en su sano juicio podía creer que estuviera sucediendo de verdad. De modo que iban (no podían dejar de ir) para desmentir la patraña o desenmascarar a los bromistas. La broma podía estar en la llamada, en la información que los había puesto en marcha, y si era así no encontrarían nada.

En fin. Iban al Cementerio, porque les habían dicho que los muertos estaban saliendo por sus propios medios de las sepulturas. El dato era tan improbable como una fantasía adolescente. Y sin embargo, era cierto. El guardián que dio la alarma fue advertido por murmullos que se multiplicaban en toda la extensión del camposanto. Salió de su casilla a ver, y no había terminado de cruzar el patio embaldosado en el que desembocaba la primera avenida de cipreses cuando a los susurros inquietantes empezaron a sumarse ruidos fuertes de piedras y metales, que en segundos se generalizaron y sumaron en un estruendo ensordecedor, que resonaba cerca y lejos, desde las alas frontales de nichos y los profundos caminos de sepulturas a casi un kilómetro de distancia. Pensó en un temblor de tierra, lo que habría sido algo nunca visto en la quieta llanura pringlense. Pero tuvo que descartarlo porque las baldosas bajo sus pies no podían estar más quietas. Ya estaba viendo, a la luz de la Luna, qué era lo que producía los ruidos. Las lápidas de mármol se desplazaban, levantadas por un costado, y se volcaban rompiéndose. Dentro de las bóvedas se quebraban cajones y herrajes, y las puertas mismas se sacudían movidas desde adentro, estallaban los

candados y se rompían los vidrios. Las tapas de los nichos se desprendían y caían al suelo con estrépito. Cruces de cemento y ángeles de estuco volaban por el aire, impulsados por la violencia de la abertura de las criptas.

El trueno de esta demolición no había cesado cuando se alzó de los escombros, y se diría que de la tierra misma, un coro de suspiros y gemidos que tenía una resonancia electrónica, no humana. Entonces el guardián vio a los primeros muertos, que salían caminando de las bóvedas más cercanas. Y no eran dos o tres ni diez ni veinte: eran todos. Asomaban de tumbas, de bóvedas, de nichos, salían literalmente de la tierra como una invasión, se hacían innumerables, venían de todas partes. Sus primeros pasos eran vacilantes. Parecían a punto de caer pero se enderezaban y daban un paso, luego otro, agitando los brazos, adelantando las piernas con rígida torpeza como si marcaran el paso, levantaban demasiado las rodillas, dejaban caer el pie por cualquier lado, como si hasta la ley de la gravedad fuera novedosa para ellos. Pero todos caminaban, y eran tantos que al tomar por los caminos se entrechocaban unos con otros, se les mezclaban piernas y brazos, por momentos se formaban grupos compactos que se sacudían al unísono y se separaban con violentos traspiés.

Esta falta de coordinación era explicable al salir de un prolongado sueño inmóvil, que además en ninguno había durado lo mismo. Todos parecían demasiado altos, como si hubieran crecido durante la muerte, lo que seguramente contribuía a la inconexión que mostraban. No había dos iguales: sólo lo eran en lo horrible, que era lo horrible convencional de los cadáveres: jirones de piel verdosa, calaveras barbudas, restos de ojos brillando en órbitas de hueso, sudarios manchados. Y un gemido a la vez agudo y ronco que hacía las veces de respiración.

La primera víctima que hicieron fue el guardián. Este empleado municipal con largos años de experiencia nunca había visto nada igual, pero no se demoró en contemplar el espectáculo. Le bastó hacerse una idea de lo que estaba pasando para dar media vuelta y salir corriendo. Al volverse vio la cerrada multitud de cadáveres que venían chancleteando hueso y cartílago por los pasillos laterales de nichos, mientras algunos todavía bajaban de los más altos gateando verticales como «muertos araña», galgos de ultratumba, chorreando viscosidades. Allí los techos le hacían sombra a la Luna, pero una fosforescencia plateada que emanaba de los huesos iluminaba la escena y volvía nítidos los menores detalles, en un blanco y negro espectral. El guardia no se quedó a ver los detalles. Corrió atravesando el atrio, y cuando llegó a la verja recordó que él mismo horas antes había pasado la gruesa cadena uniendo los batientes, y le había puesto candado. ¡Maldita seguridad! Tenía las llaves colgadas en la pared de su oficina, hacia la que retrocedió corriendo, después de descartar la puerta enfrentada, que era la entrada a la Capilla (aunque se estaba encomendando a todos los santos). Por suerte la oficina o Intendencia tenía puerta metálica, y por suerte pudo llegar a ella antes que los cadáveres, que ya enfilaban por el atrio. Se les adelantó gracias a que venían despacio, molestándose unos a otros en el apuro, tantos eran. ¿Cuántos muertos contenía el Cementerio?

Miles, quizás decenas de miles. Nadie se había tomado el trabajo de hacer la cuenta de las entradas en los registros, esos folios manuscritos que reposaban desde hacía cien años en los archiveros. Y todos iban juntos hacia la puerta, sin organizarse, como agua que va hacia el desagüe.

Se encerró y dio aviso a la Policía. Lo hizo gritándole histérico al teléfono. Con una inteligencia que no era tanto de él como dictada por la urgencia y el instinto, supo que no le convenía ponerse a dar explicaciones, que no harían más que suscitar una interpretación a partir de su bien ganada fama de ebrio. Bastaba con anunciar lo mínimo y dejar que sus gritos y su acento desesperado hablaran por él. Además, el mínimo de información, cuanto más mínimo fuera, más intriga podía crear y antes recibiría auxilio. Ya cuando estaba con el teléfono en la mano oía los golpes en la puerta. El grueso de la muchedumbre muerta seguía de largo, y oyó abrirse y caer la gran verja de hierro. Por lo visto, ninguna puerta se les resistía. La que lo protegía a él se hinchaba y agrietaba; no era con mera fuerza física que las forzaban, sino con una especie de voluntad destructiva. El cerrojo saltó por el aire y entraron, altísimos, decididos, mirándolo y gimiendo. Eran varios; parecían correr una carrera para llegar primero a él, a su parálisis espantada sin salida. Tenían movimientos de insecto o de ñandú. Más que gemidos, lo que emitían sonaba a resoplidos de perro oliendo la presa. Uno, el ganador, se precipitó sobre él con un gesto que de pronto (su último «de pronto») le pareció una sonrisa de triunfo. Le tomó la cabeza con las dos manos, que eran huesos mal enguantados con tiras de cuero violeta, y le acercó a la sien derecha la jeta horrenda. Lo manipulaba con facilidad: ya fuera que el terror inmovilizara a la víctima, ya que irradiara alguna clase de fluido magnético de fatalismo y entrega, de cualquier modo era irresistible. De un mordisco levantó una placa de cráneo, que se desprendió con un «clac» ominoso y quedó colgando sobre el hombro derecho, y le hincó los dientes al cerebro. Pero no se lo comió, aunque podría haberlo hecho, y parecía que lo estaba haciendo. Con un chupón a la vez fortísimo y delicado le absorbió las endorfinas que contenía la corteza y el bulbo, todas las disponibles, hasta la última. Tras lo cual apartó la cara, si es que a eso podía llamarse cara, y la levantó hacia el techo lanzando un resoplido extraagudo, mientras soltaba el cuerpo del guardián, que caía exánime al piso. Los otros ya se habían ido: debían de saber que esta bestia sedienta no les dejaría ni una endorfina. Una vez saciado, fue tras ellos.

Los muertos vivos seguían saliendo por el portón de rejas, y se derramaban de prisa por el camino que iba al pueblo. Apuradísimos, con su paso de ganso modificado por mil rengueras, siempre hacia adelante, atraídos por el halo de luz amarillenta que se levantaba de Pringles. La columna se mantuvo compacta en el primer tramo, con unos líderes de pelotón adelante y ensanchándose hacia atrás; más que una columna parecía un triángulo, la punta de una flecha corriendo hacia un Pringles ignorante del peligro, que festejaba la noche de sábado.

Pero la formación no se mantuvo más allá del acceso inmediato al Cementerio,

donde el camino corría entre descampados. No bien llegaron a la altura de las primeras casas se desprendieron pelotones ansiosos, hacia un costado y el otro. Los habitantes de esas casas humildes dormían, muchos de ellos no se despertaron con el destrozo de puertas y ventanas, los que lo hicieron no tuvieron tiempo más que para ver, o adivinar en la oscuridad, los espantajos de pesadilla que se inclinaban sobre la cama y les abrían el cráneo de una mordida. No perdonaron una casa, ni uno solo de sus ocupantes, ni siquiera los bebés en las cunas. Consumada la succión cerebral, se marchaban de inmediato y se reincorporaban a la marcha cadavérica, siempre en dirección al pueblo.

A medida que avanzaban el terreno se hacía más poblado. Las quintas alternaban con los racimos de ranchos o casitas precarias, hacia las que iban, exhaustivos, los destacamentos. Aunque las poblaciones se prolongaban lateralmente, los muertos se daban por satisfechos con lo que encontraban más próximo al camino, al que volvían una vez consumado el ataque. No se detenían mucho en lo que debían considerar meras distracciones. El objetivo importante era el pueblo, donde la densidad de materia humana les prometía una cosecha más fácil e inmediata.

No en todas las casas atacadas estaban durmiendo. En algunas se prolongaba la sobremesa cuando recibían la «visita» inesperada. Entonces sí menudeaban los gritos, los visajes, los intentos de huida que nunca prosperaban pues los intrusos se metían por todas las puertas y ventanas a la vez. Tampoco les servía de nada encerrarse en una pieza, pero al menos eso les dio tiempo a algunos para un interrumpido llamado a la policía, llamados que se fueron sumando con el correr de los minutos y terminaron por convencer a las fuerzas del orden de que, por lo menos, «algo» estaba pasando.

Pero antes de que se decidieran a despachar un patrullero, la marcha letal ya había hecho la mitad del camino, y allí sí dejaron el tendal. En efecto, a esa altura se hallaba la Escuela 7, y esa noche la Cooperadora había organizado un baile, de los que hacían todos los meses con el fin de recaudar fondos para refacciones en el edificio y compra de material didáctico. Eran bailes muy concurridos, con cena buffet y *disc jockey*. A esa hora, apenas pasada la medianoche, estaba terminando, pero todavía no se había ido nadie. Todos perdieron, los niños primero.

Dos señoras sentadas a una mesa se habían quedado solas, distraídas por la charla, en el aula del buffet contigua al salón de actos donde se bailaba. Cuando empezaron los gritos no les prestaron atención, creyendo que habían roto la piñata o algo así. Criticaban a sus respectivos maridos, benévolamente, por las costumbres opuestas de éstos en una de las más arraigadas diversiones pringlenses: salir a pasear en auto. Era una tradición que venía de los tiempos de la nafta barata y la novedad del auto, y no se había interrumpido. Las familias o parejas subían al auto los domingos a la tarde o cualquier día después de la cena y rastrillaban el pueblo en todas direcciones. Se lo llamaba «Dar una Vuelta»:

—José —decía una de las señoras refiriéndose a su marido—, cuando salimos a dar una vuelta, maneja ¡a toda velocidad! Como si estuviera apurado por llegar a

algún lado. Yo le digo: «estamos paseando», pero no puedo convencerlo.

—En cambio Juan —decía la otra—, va tan despacio cuando salimos a dar una vuelta que me pone nerviosa. Le digo «acelerá un poco, hombre, que me estoy durmiendo». Pero él sigue como una tortuga.

—Ojalá José fuera un poco más despacio. Va tan rápido que no puedo ver nada, si nos cruzamos con un conocido no alcanzo a saludarlo que ya estamos lejos, como una flecha.

—Yo preferiría ir un poco más rápido. Es insoportable ir tan lento que el auto parece que se para, y hay que esperar una eternidad para llegar a la esquina...

Exageraban, las dos (y fue su última exageración) pero el «sentido» de sus quejas, en la simetría que conformaba, tan satisfactoria que debía de ser el motivo por el que la charla las absorbía, expresaba sus personalidades y la calidad de las endorfinas que estaban produciendo. Éstas pasaron, tras la brutal abertura de la caja craneana, al sistema de los dos cadáveres que las tomaron de atrás y les vaciaron los cerebros. Fueron la última golosina de la gran bombonera que había sido la escuela, y una vez ahitos los invasores salieron por donde habían entrado, dejando unos trescientos cuerpos flácidos donde minutos antes había reinado el jolgorio.

Tenía algo de diabólicamente eficaz, la elección del momento. Si lo que querían era endorfinas, las gotitas de la felicidad y la esperanza que segrega el cerebro de los vivos, no había ocasión más propicia que un sábado a la noche, cuando las preocupaciones de la vida se hacen a un lado, temporalmente, y la gente se permite todas las gratificaciones de sociabilidad, sexo, comida y bebida que se postergan durante el resto de la semana. En su deprimente existencia de ultratumba, los muertos habían desarrollado una verdadera adicción a las endorfinas. Era una llamativa paradoja que esta noche el camino del Cementerio se hubiera vuelto el camino de las endorfinas.

Viniendo del Cementerio, hacia la mitad de este camino podía decirse que ya empezaba el pueblo. Y ese punto lo marcaba la Escuela 7, donde el ejército invasor se había dado el primer auténtico banquete de la noche, sobre todo por la cantidad de niños, cuyos cerebritos rebosaban de materia feliz. A partir de ahí el tejido urbano ya casi no tenía blancos. La multitud compacta de cadáveres semovientes se dispersó hacia la derecha, por la cuadrícula de calles de tierra y las primeras asfaltadas. Entraban a todas las casas, iluminadas y oscuras, ricas y pobres, pero los más grandes y ágiles se adelantaban a meterse a las más ricas, por saber que los ricos eran más felices. Corrían por los techos para llegar antes a la calle siguiente: sus siluetas espectralmente se recortaban contra el resplandor lunar, en saltos inhumanos, hasta hundirse con un estallido de vidrios por una claraboya. La competencia entre ellos los hacía más rápidos y más peligrosos.

Iban dejando «tierra arrasada»: los únicos que los vieron y lograron escapar fueron algunos automovilistas a los que no detuvo la curiosidad y aceleraron. No fueron muchos (a la mayoría les cercaban el vehículo, les hacían saltar los vidrios y

los «chupaban»), pero bastaron para llevar la noticia al centro. La camioneta blanca de la Policía no tuvo tanta suerte.

Sea como fuera, Pringles ya estaba sobre aviso. Aunque la información corría rápido, el pánico se construía lentamente. El cine, y antes que el cine las leyendas ancestrales en las que se basaban sus argumentos, habían creado en la población un estado básico de incredulidad; a la vez que los preparaba para la emergencia (no tenían más que recordar lo que habían hecho los protagonistas de esas películas) les impedía reaccionar porque todos sabían, o creían saber, que la ficción no es la realidad. Tenían que ver con sus propios ojos a alguien que los hubiera visto (con sus propios ojos) para convencerse del espanto de la realidad, y ni aun así se convencían. Era de esos casos en que lo real es insustituible e irrepresentable. Lamentablemente para ellos, lo real es instantáneo y sin futuro.

Y mientras proseguían las alternancias de la creencia, la cacería no se daba respiro en los barrios atrás de la Plaza, siempre ganando terreno hacia el centro. No se ajustaba mucho a la metáfora de la cacería; era más bien como libar flores, o libar jugosas estatuas fijadas por el terror y la sorpresa. Ésta empezaba a disminuir con el curso de los hechos. El terror crecía correlativamente, y corría más rápido que los muertos vivos, que iban lento por su avidez de endorfinas que no les permitía dejar cabeza sin revolver. De ahí que empezaran las fugas. La primera fue la de una niña de siete años que saltó de la cama gritando y se escabulló entre las patas de jirafa del cadáver que se había metido en su dormitorio, haciéndole castañetear las tibias sueltas y poniendo en peligro su equilibrio. La salvaron dos cosas: su familia numerosa, que mantuvo ocupados a los demás intrusos, y su tamaño reducido; su estatura era la de un niño de tres años, pero los que tenía le daban una agilidad y velocidad que desconcertaban. Corrió por la galería vidriada hacia el fondo. Los reflejos de Luna a través de los rombos verdes de los ventanales iluminaban un ir y venir de fantasmones harapientos, hacia y desde los cráneos de sus parientes. La operación comportaba un sorbido escalofriante, que por suerte ella no escuchaba. Esquivó a dos que trataron de detenerla y salió por el agujero donde había estado la puerta al patio. Uno de los cadáveres ya venía persiguiéndola, como se persigue a un confite que ha rodado de una torta. Afuera, la divisó otro que se desplazaba sobre el corralón, y de un salto fue a cortarle el paso. Sin disminuir la velocidad la niña torció rumbo al gallinero, en el que se metió de un salto. Buscó la protección de la oscuridad, debajo de las gradas; sus amigas las gallinas dormían arrepolladas; ella conocía bien el camino hasta el último rincón, que era su refugio favorito, y no las despertó. Sí lo hicieron los dos cadáveres, que entraron rompiendo todo. Se desató un escándalo fenomenal de aleteos y cacareos, en la oscuridad cruzada por trazos de fosforescencias; el blanco de los huesos se multiplicaba en el de las plumas de las Leghorn, haciendo más confusa la tiniebla. Los cadáveres, demasiado grandes para el espacio comprimido del gallinero, se enredaban con las pértigas, y al abrir los brazos espantando a las aves se enredaban entre ellos, se caían, quedaban patas arriba,

parecían estar haciendo acrobacias con pelotas plumosas, todo entre un cacarear furioso. Las gallinas no son animales agresivos, muy por el contrario, pero su timidez las favorecía en esta ocasión, y su poca inteligencia también; el susto irracional las hacía inmanejables, y en medio de la confusión la niña se escapó otra vez.

Fue una excepción, porque nadie escapaba al beso cerebral. Manzana tras manzana, la siega avanzaba. Los muertos se envalentonaban con su propia eficacia. Pero como en materia humana nada es del todo previsible, aquí y allá se encontraban con situaciones insólitas, que chocaban contra lo insólito que eran ellos. Fue el caso del Chalet de la Virgen, que de afuera parecía una casa más, con jardincito adelante, el auto en el garage, ropa tendida al sereno en el fondo y felpudo al pie de la puerta. La puerta voló, lo mismo que las ventanas, y media docena de atracadores de ultratumba se metieron resoplando, a grandes trancos desarticulados que pronto perdieron objeto: el apuro se fundió sobre sí mismo, porque en la casa no había nadie. O mejor dicho sí había: estaba toda la familia donde debía estar, los padres en su lecho de dos plazas, los niños en sus camitas, el bebé en la cuna y hasta la abuela en su cuarto cubierta con la colcha tejida por sus propias manos. Pero todos estaban bajo la forma de la misma estatua de la Virgen de Schönstat, rígida y con la cara impávida pintada, todas iguales como que debían de haber sido hechas con el mismo molde. Los cadáveres pataleaban de la perplejidad, y alguno habría querido hincarle el diente a la cabeza de cemento, si no fuera porque era una cabeza desproporcionadamente pequeña, un botón. Se marcharon furiosos. Pero era culpa de ellos. Había que estar muerto, y haber pasado una larga temporada en el Cementerio, para ignorar la existencia del famoso Chalet de la Virgen de Pringles.

Pagaron el pato los vecinos, con los que los burlados se encarnizaron. El avance no se detenía, al contrario: se hacía más impetuoso. El alimento no los saciaba; se confirmaba el dicho «el hambre viene comiendo». Además, había que recordar que eran miles, y apenas empezaban; legiones y legiones, oleadas terribles de cadáveres cojos y espásticos que seguían desplegándose en desorden por el damero nocturno del pueblo todavía no habían probado las gotitas felices, y afilaban el sorbete. Los que sí habían incorporado el raro néctar, querían más; esos proferían junto con los resoplidos unas risas mecánicas, entre ladrido y graznido, e improvisaban danzas bruscas en medio de la calle, sarabandas, jotas de perchero, rumbas agujereadas que se disolvían como se habían formado, con desbandadas que los llevaban a los techos o a las copas de los árboles.

Lo cierto es que, aunque lo hacían rápido (y más que rápido: era como una película acelerada), tenían mucho que hacer, y eso le dio tiempo a las fuerzas vivas de Pringles para organizar la defensa. El pueblo ya estaba sobre aviso. A esta altura, ni la mentalidad más negadora podía desconocerlo. Pero aun no negándolo, lo aceptaban en un nivel cauto de creencia. A nadie le gusta ser víctima de una broma, y a la vez, así es el alma humana, todos confían en que el mecanismo de la broma tenga en la realidad un repliegue que les permita pasar de objetos a sujetos.

El Intendente ya estaba en su oficina del Palacio, reunido con su Gabinete de emergencias y comunicado con el Jefe de Policía, que también ocupaba su puesto de combate en la Comisaría. Tanto a ésta como al Palacio llegaban todo el tiempo personajes representativos de la comunidad, y de las urgentes deliberaciones que tuvieron lugar empezaron a emanar las primeras órdenes. Los teléfonos sonaron en toda la extensión del ejido catastral. Por suerte en Pringles se conocían todos, y a su vez todos los conocidos conocían a todos, así que la red de comunicaciones no tardó casi nada en vibrar y dar resultados concretos.

La primera iniciativa de las autoridades fue trazar una línea de defensa armada, a cierta distancia de donde la invasión se encontraba en ese momento, sacrificando unas pocas manzanas (cuyos habitantes serían desalojados) de modo de tener tiempo de prepararse. La Línea se trazó en el mapa de Pringles Ciudad que tenían colgado en una pared: la parte central sería la diagonal, de menos de cien metros de largo, que unía la Comisaría con el Palacio, cruzando la Plaza. Se prolongaba hacia el norte por la calle Mitre, y hacia el este por la plazoleta central del Boulevard, hasta el Granadero. La idea era hacer una hilera de autos y camiones, tras los cuales se apostarían tiradores con todas las armas y municiones disponibles. Ésas no faltaban, con la pasión por la caza que dominaba de antiguo al pueblo.

iballos y hombres del Rey acudieron...

El rugir de los motores llenó la noche pringlense, despertando a los pocos que todavía dormían. Policías y bomberos dirigían la formación de la Línea, mientras un patrullero con altavoces recorría las calles de la Tierra de Nadie urgiendo a un veloz desalojo. Los afectados no se hacían rogar: ya corrían, en camiones y pantuflas, a refugiarse al otro lado de la muralla de vehículos estacionados, que se completaba velozmente. No se iban más lejos: se quedaban mirando a los tiradores que se apostaban, y en esa contemplación los acompañaban los curiosos que venían del Centro, atraídos por lo que esperaban que fuera un espectáculo inolvidable. Había mayoría de jóvenes: los boliches se habían vaciado, y las bandas fiesteras de adolescentes traían al campo de batalla su ruidosa alegría. Junto con ellos seguían llegando cazadores artillados, que eran redistribuidos en los puntos más débiles de la Línea. Venían hasta de las quintas de más allá del Boulevard Cuarenta, alertados por teléfono por sus camaradas del Club de Tiro. El arsenal que se desplegaba era impresionante. La excusa para comprarlo habían sido las avutardas, las perdices, las liebres, y habían perfeccionado la excusa lejanos e hipotéticos ciervos y jabalíes; pero aun así habría sido difícil explicar, salvo por anhelo de coleccionista, la presencia de subfusiles belgas, obuses, balas explosivas de aluminio líquido, y hasta granadas. A muchos chacareros les sobra la plata, tan poco consumo social o cultural tienen ocasión de hacer en los pueblos, y se dan el gusto de seguir comprando armamento hasta que ya no les entra en la casa.

En lo alto de la torre del Palacio, el Manco Artola vigilaba el avance de la invasión. Con su única mano se acercaba a la cara un *walkie-talkie* y transmitía las novedades; en la oficina del Intendente tenían el receptor con el canal abierto y el volumen al máximo: con una oreja lo oían, con la otra atendían los informes y opiniones de la multitud de comedidos que entraban, salían, o se quedaban, además de los que llamaban por teléfono. El tumulto se estaba haciendo excesivo. Para ir desde su escritorio hasta la pared donde estaba el mapa, a registrar los datos que venían de la torre, el Intendente tenía que abrirse paso a codazos, y cuando llegaba alguien ya había hecho avanzar la fila de pinches de cabecita roja, lo que lo confundía.

En cambio el Manco estaba solo allá arriba; pero no se confundía menos. Debía reconocer que el panorama que dominaba era espléndido y desafiaba a la imaginación; más allá de este reconocimiento, todo era ambigüedad. La Luna llena vertía imparcialmente su luz blanca sobre la oscuridad del pueblo, y parecía hacerlo emerger a la superficie, como la piel cuadriculada de un cachalote antediluviano. Más allá se extendía la llanura, y las cintas fosfóricas de las carreteras deformándose en las curvaturas del horizonte. El sector que vigilaba estaba mucho más cerca, aunque no ignoraba que los planos ilusorios de la contigüidad podían llegar a pegarse durante la noche, como las hojas de un libro. Su atención entreabría las hojas, y ahí las aberraciones de la visión nocturna coincidían con las monstruosas fantasías de la pesadilla.

Y sin embargo, qué inofensivos se veían, esos saltamontes en movimiento perpetuo. Los veía agitarse como locos, brincar de la calle a las cornisas, correr por los techos, meterse por todos los agujeros, y por donde no había agujero también. Se reunían, se dispersaban, se detenían extendiendo los brazos como antenas. De pronto todos coincidían en ángulos de sombra, un instante después estaban pululando innumerables en el resplandor plateado en el que su paso dejaba estelas verdes, rosas, violetas.

Había algo que nunca hacían: retroceder. El avance era irregular, como era irregular la mancha de invasores sobre el damero de casas y calles, pero había un método, y muy simple: avanzar siempre, mantener la dirección. Todo era irregular: los movimientos, los saltos, las reuniones y separaciones; ese caos destacaba por contraste la mecánica estricta con que se iba «cubriendo» el territorio. Era la irreversibilidad lo que le daba a la escena su amenazador tono onírico. Como en los sueños, todo parecía a punto de desvanecerse, pero a la vez estaba afectado por una realidad persistente. Era como si en cada punto de la oscuridad irregularmente iluminada se abrieran y cerraran válvulas por las que se introducían los seres imposibles, y el cierre de una sopapa aterciopelada les impidiera volver atrás.

El manco debía recordarse a sí mismo que no era un juego, y que él no estaba ahí por diversión sino para vigilar y dar la alarma, y entonces se precipitaba a transmitir las coordenadas de la marea; también informaba de los puntos en que la barrera de

autos y tiradores mostraba blancos, aunque éstos eran cada vez menos. Daba la impresión, desde su punto de vista privilegiado, de que todo el pueblo acudía a la Línea de defensa, en la que reinaba un bullicio extraordinario. La gente venía en autos, y los dejaba estacionados en doble o triple fila, muchas veces bloqueando por completo las calles transversales. Mandó una advertencia por el *walkie-talkie*: sería imposible realizar una retirada rápida, en caso de que se hiciera necesaria. Insistió, porque tenía la sensación de que no le estaban haciendo mucho caso. Hubo un intercambio de opiniones bastante histérico con alguien de abajo.

Pero cuando volvió a mirar más allá de la línea, a los barrios invadidos, tuvo un verdadero sobresalto. El avance había tomado otra dimensión, había cambiado tanto cuantitativa como cualitativamente. De pronto el ejército de muertos vivos se revelaba mucho más numeroso. La gran masa de rezagados alcanzaba a los adelantados, y los superaba como una ola de mar majestuosa y sólida pasando por encima de las gotas del rocío. Y seguía avanzando, arrastrando al conjunto, ya sin detenciones, lo que se explicaba porque las últimas manzanas antes del Boulevard y la Plaza ya habían sido evacuadas, y quizás también porque olían la muchedumbre que los esperaba... Gritó por el aparato el aviso: ya llegaban, ya habían llegado, el cuerpo a cuerpo era inminente.

No mentía. Estaba hablando aún cuando sonaron los primeros tiros. Los emboscados detrás de los autos, que hacía rato estaban con el dedo en el gatillo, dispararon no bien tuvieron en la mira al primer muerto vivo, y como fueron muchos los que apuntaban a los muchísimos fantasmones bailoteantes que venían saliendo de las calles desiertas, la salva fue múltiple, y a partir de la primera empezaron a repetirse, en un tableteo continuo. El gentío que hacía una masa compacta a espaldas de los tiradores soltó un grito unánime como el público de un concierto de *rock* que después de una prolongada espera ve subir al escenario, al fin, a sus ídolos. Y tenían algo de músicos de *rock*, los muertos, con su aspecto desaliñado, los pelos al viento, el tranco espástico, y la seguridad soberbia de saberse estrellas y colmar con su sola presencia las expectativas creadas. Ahí se terminaban las semejanzas y comenzaban, terroríficas, las diferencias. De alguna manera todos, hasta los que calentaban en las manos un Winchester de nueve tiros, y con más razón los curiosos amontonados atrás, habían conservado la duda sobre la verdad de los hechos. A nadie le gustó que la duda se disipara; la verdad los descolocaba. Y al entrar en los círculos blancos que bajaban de los focos de luz de mercurio del Boulevard, los que llegaban lo hacían mostrando una realidad francamente desagradable. Harapos podridos, huesos a la vista, calaveras, fémures, falanges, cartílagos pegoteados al azar como en un *collage* estropeado. Y la decisión, el hambre, la carrera a ver quién llegaba primero.

En un primer momento nadie se sorprendió demasiado de que siguieran avanzando. Después de todo, era la dirección que traían, y los que habían estado esperándolos lo habían hecho para verlos: cuanto más se acercaran mejor se los vería. Pero al mismo tiempo que se satisfacía la curiosidad surgía la alarma, precedida por

una fugaz incomprensión. ¿Qué estaba pasando? Aunque era muy notorio lo que pasaba, el interrogante tenía su justificación: el irresponsable clima festivo que había permeado a la multitud (por ser sábado a la noche, por la ocasión de una gran reunión comunitaria, tan rara desde que habían dejado de celebrarse las Fechas Patrias y había iniciado su decadencia el Carnaval), hizo pensar que los tiradores no tendrían más que lucir su puntería y recibir aplausos y vivas; los mayores asociaban con caducas imágenes de puestos de Tiro al Blanco en las ya extintas Romerías Españolas, los jóvenes con los fáciles clics aniquiladores de los jueguitos electrónicos.

Y no era así, en absoluto. Las balas pasaban a través de los muertos, sin causarles más que un tropiezo o una sacudida extra a su paso ya de por sí desmañado. Apuntar a las cabezas, y acertarles, no producía un efecto más retrasante que darle al cuerpo: las calaveras se rajaban, se agujereaban, se astillaban, pero seguían en su lugar, y el roto maniquí en el que se posaban seguía adelante.

Si unos segundos antes los habían «visto», ahora los veían de verdad, los veían trepar de un salto a las capotas de los autos que se suponía que debían ser una barrera insuperable e inclinarse a beber del cerebro del tirador que con un dedo frenético en el gatillo de la Luger o el Colt seguía metiéndole por el diapasón de costillas unas balas tan vanas como saludos. Nadie se quedó a ver completarse la operación, no sólo porque era demasiado asqueroso sino porque la segunda fila ya estaba saltando por encima de esas feroces lobotomías vampíricas y se lanzaba hacia los mirones.

Todo a lo largo de la línea se produjo una desbandada general. Hubo muchas bajas en el primer momento, por la dificultad que oponía el número a la desconcentración. En cuanto veían el campo libre adelante, los vivos corrían, y si daban vuelta la cabeza y veían un muerto persiguiéndolos, aceleraban. Aceleraban también, y más, si veían que el muerto había alcanzado a alguien y le estaba chupando la cabeza. Los que pretendían meterse en sus autos y ponerlos en marcha, perdían la partida. Los amigos abandonaban a los amigos, los hijos a los padres, los maridos a las esposas. No todos. Sobreponiéndose al terror, algunos retrocedían en auxilio de un ser querido; en esos casos en lugar de una víctima había dos.

Las calles se llenaron de gritos y carreras, la oscuridad se acentuó, psicológicamente, pues los que escapaban le temían a cada volumen de sombra como si de él fuera a salir la Muerte o uno de sus representantes, cosa que sucedía con implacable frecuencia. No hubo quien no lamentara la insistencia con la que la comunidad había pedido que se arbolaran las calles. Ahora les parecía que las autoridades los habían escuchado en exceso, porque el pueblo se les volvía un bosque de follajes truculentos. La Plaza, que fue uno de los puntos en que la línea defensiva primero se quebró, quedó vacía, y sus senderos se volvieron el corredor expedito por el que legiones de cadáveres de toda traza marchaban hacia las calles empedradas del Centro.

En el islote oval entre las dos manzanas que ocupaba la Plaza estaba el Palacio Municipal, la famosa mole art-déco, piano invertido de cemento blanco, desde cuyas

ventanas el Intendente y su compañía contemplaban la catástrofe. Por algún motivo, los atacantes pasaban de largo. Desde el momento en que vieron superada la Línea, los ocupantes del Palacio tuvieron la precaución providencial de apagar todas las luces. Aun así, sabían que su suerte pendía de un hilo: bastaría que un grupito de cadáveres de los que veían pasar por la Plaza tuviera la ocurrencia de visitarlos, para que les llegara la hora. Podía estar favoreciéndolos la huida de la multitud, una presa más visible y numerosa que la eventual que pudiera estar refugiada entre las aletas del Palacio. La Comisaría, enfrente, no había tenido tanta suerte: los policías habían pretendido hacerse fuertes, y fueron aniquilados, incluidos los borrachos que dormían la mona en las celdas. Lo mismo pasó con la Iglesia, al otro lado de la Plaza, aunque con menos víctimas. En la Casa Parroquial sólo se encontraba el cura, con su mujer y sus dos hijos (en abierta rebeldía al Obispado bahiense, el párroco había formado una familia y convivía desafiantemente con ella).

El Intendente no tenía un Plan B. Hubo que improvisarlo. Muda la línea de comunicación con la Policía, no había con quién consensuar medidas de emergencia. De las confusas deliberaciones que tuvieron lugar junto a las ventanas, surgió que lo único razonable era evacuar Pringles, en todos los vehículos disponibles. ¿Pero cómo dar la orden? Los teléfonos celulares funcionaban al rojo blanco, pero el boca a boca no parecía, por una vez, lo bastante rápido. Una información que les llegó por esta vía hizo más urgente la coordinación general: mucha gente, la mayoría en realidad, estaba cometiendo el error de encerrarse en sus casas, que se volvían trampas mortales. Había que advertirles, a los que estuvieran a tiempo, que escaparan. A un viejo funcionario de planta se le ocurrió la idea de utilizar la Propaladora. Este vetusto sistema de comunicación no se usaba desde hacía cincuenta años exactos, contados día por día, pero confiaron en que siguiera funcionando, dado que en la primera mitad del siglo ya concluido los aparatos eléctricos se construían como artesanías, con vistas a la permanencia. Que siguiera instalada (aunque desenchufada: pero eso se podía solucionar fácil) obedecía a una circunstancia histórico-sentimental: la última transmisión de la Propaladora había tenido lugar la noche del 16 de septiembre de 1955, cuando el último intendente peronista de Pringles, en un gesto heroico, mandó pasar la Marcha, y la voz de Hugo del Carril sonó en el pueblo oscurecido, entre el ruido de las bombas que descargaba la Aviación Naval sobre el Pillahuinco. El coraje cívico de este inolvidable intendente, dando una prueba póstuma de lealtad cuando ya el régimen popular había caído, hizo que no se dismantelara el aparato ni se quitaran los cables ni las bocinas metálicas, que siguieron herrumbándose en lo alto de cornisas y postes de alumbrado.

Y efectivamente, funcionó. La orden de evacuación, un mensaje conciso y convenientemente alarmista, vibró en la noche de los muertos vivos, y todos los pringlenses lo oyeron. No todos lo obedecieron, lo que salvó a muchos porque huir ya no era tan fácil. Las calles estaban infestadas de cadáveres sedientos, que se lanzaban a la cabeza de los que salían de sus casas. Y todo lo que lograron fue ahorrarles el

trabajo de voltear puertas y tropezar con muebles. Cosa que también hacían cuando era necesario.

Las escenas de espanto y trepanación se repetían en un pavoroso caos de simultaneidad en todo el Centro, y se extendían a la Periferia minuto a minuto. En el Palacio las deliberaciones se estancaban en una anomia derrotista. No se atrevían a salir, pero tampoco encontraban nada práctico que hacer, como no fuera preocuparse por sus familias. Entre ellos se encontraba, por haber acudido a la primera alarma, el Médico de Policía, un distinguido cirujano pringlense, filántropo y estudioso, muy respetado. Le preguntaron si había alguna explicación para el extraño episodio que estaban presenciando (y sufriendo).

No, por supuesto que no había explicación, como no había, que él supiera, antecedentes. Por lo que habían visto hasta ahora, los muertos salían de las tumbas movidos por un ansia aguda de endorfinas activas; la Naturaleza, o una Postnaturaleza de características desconocidas, los había provisto de una capacidad motriz de proveérselas, del modo más rápido y eficaz.

A pedido de los presentes hizo una breve descripción de las endorfinas, sustancia producida por el cerebro para su propio uso, optimizadora del pensamiento, o pensamientos del optimismo. Usó la socorrida metáfora del vaso medio lleno o medio vacío.

¿Eran imprescindibles para la vida?

No. Prolongando la metáfora, podía decirse que el vaso contenía líquido hasta la mitad, y eso era la vida. Que se lo viera como «medio lleno» o «medio vacío» no alteraba la situación concreta, es decir la vida orgánica como proceso real, sólo la hacía vivible o invivable. La falta de antecedentes de este episodio podía deberse a que la ciencia nunca había tenido la curiosidad de medir la segregación hormonal una vez que la actividad orgánica cesaba por efecto de la muerte. Era posible que se produjera una especie de síndrome de abstinencia, y que éste fuera un equivalente, al modo de simulacro, de la vida, después de la vida. En realidad, dijo después de pensarlo un momento, no era tan cierto que faltaran antecedentes. Quizás, por el contrario, sobraban. Quizás era todo lo que había, y ellos estaban sufriendo las consecuencias de un desborde de antecedentes. ¿Acaso no habían visto el mismo argumento en innumerables películas, en cuentos y leyendas populares, que se remontaban a la más remota antigüedad de todos los pueblos de la Tierra? Quizás un viejo saber latente en el fondo de la humanidad había tenido conocimiento de lo que la ciencia todavía ignoraba.

A partir de ahí sólo podía especular, y responder con especulaciones hipotéticas a las preguntas que le hacían. Sobre todo a una pregunta, la que los quemaba: ¿no había modo de detenerlos? A priori, no, no había. El recurso último y definitivo de frenar un peligro proveniente del prójimo era la muerte. Y, justamente, aquí ese recurso no se aplicaba. No negaba que pudiera haber otros. Si la muerte era el recurso último, quería decir que existían también todos los que venían antes y que lo volvían

«último» a éste; iban desde la observación verbal («por favor, preferiría que no lo haga») hasta la carbonización o el exorcismo, por decir algo; cualquiera de ellos podía funcionar, ¿pero cuál? Tarde o temprano alguien lo averiguaría, por el método de prueba-y-error. Lamentablemente, no creía que pudieran ser ellos; no tendrían tiempo.

En este punto repitió que estaba especulando en el vacío, y agregó que a esta altura de los acontecimientos quizás hubieran surgido nuevos datos. Llamó al celular de un colega y se enteraron de que en el Sanatorio, donde se hallaba este colega, había una importante reunión de médicos analizando la emergencia como ellos. Lo mismo sucedía en el Hospital, que se hallaba más lejos, casi fuera del pueblo, en el camino de la Estación. El sanatorio, más céntrico, se encontraba de todos modos en el extremo opuesto del pueblo a la Plaza y el Palacio; los atacantes se les acercaban, un grupo de vecinos valerosos estaban haciendo cadenas de alarma en las calles aledañas, y los médicos se preparaban, con la ayuda de unos fornidos enfermeros, para reducir a uno de los cadáveres semovientes y someterlo a una disección que revelara, con suerte, los secretos de su funcionamiento de ultratumba. Ya se habían comunicado con el Hospital, que poseía instrumental de diagnóstico más avanzado, para coordinar tareas.

Estas noticias alentaron a los refugiados en el Palacio. No estaban solos, y se estaba haciendo algo. Había una cierta ironía, que nadie observó, en que fueran los miembros de la profesión médica los que se pusieran a la cabeza de la Resistencia. En circunstancias menos dramáticas, alguien habría podido decir: «no contentos con matar a los vivos, ahora quieren matar a los muertos».

El pueblo entero había sido ocupado por las huestes del Más Allá. Y los alrededores del pueblo, las quintas, los ranchos, hasta las cuevas del Despeñadero donde se refugiaban los linyeras. Los tiempos se habían acelerado, y todas las previsiones caían. ¿Qué había pasado? Simplemente que al llegar al Centro, los muertos vivos habían cambiado de estrategia: abandonaron el paso-a-paso que habían traído hasta aquí, y en lugar de proseguir la política de tierra arrasada se dispararon en todas direcciones hacia la periferia urbana, para después volver desde allí, ahora sí exhaustivos, de los confines del campo, hacia el núcleo de población más densa. Eran tantos que podían hacerlo, y aun así les sobraba infantería. La maniobra, que los aterrorizados pringlenses no pudieron dejar de observar, era tanto más abrumadora en su astucia diabólica cuanto no había sido pergeñada por ningún comando central. En el ejército de cadáveres nadie daba ni recibía órdenes. Éstas parecían provenir de una mente colectiva, de un automatismo infalible contra el cual no había defensa posible. Por todas partes, entre gritos y llantos, se bajaban los brazos.

No había lugar seguro. Ni adentro ni afuera, ni adelante ni atrás ni a los costados, ni arriba ni abajo. Sólo había noche, tinieblas convulsionadas por el miedo, recorridas por las líneas casuales del alumbrado público; por los márgenes de esta luz que sólo adensaba la oscuridad se deslizaba a paso de ganso un asesino desamortajado,

precedido por un olor ácido y anunciado por los jadeos de bestia hambrienta.

Médicos y funcionarios (los que quedaban) no eran los únicos en buscar un remedio. Hubo quien creyó que bastaría con esperar el alba, y entonces el peligro habría pasado, como pasan siempre las fantasías y temores que engendra la noche. Era difícil convencerse de que no era un sueño, y sólo la velocidad con que había sucedido todo impedía que la idea se profundizara; de haber tenido tiempo, cada uno de los pringlenses habría argumentado en su fuero interno en favor de lo onírico, y se habría sentido culpable por meter en su propia pesadilla a sus familiares y vecinos. Algunos se reunían en el *living* de su casa, en batín o pijama, despertaban a los dormidos, encendían todas las luces, deliberaban, hablaban por teléfono, ponían música fuerte: acentuaban lo humano, lo familiar, y quedaban a la espera, ¿de qué? Por lo general no tenían mucho que esperar. Aun en contra de sus expectativas más razonables, aun gritándose unos a otros ¡No puede ser! ¡No puede ser! las puertas se abrían y se les presentaban los espantajos chorreantes, los seres de las tinieblas que no le temían a la luz, con el sorbete de platino, y entonces los padres tenían la ocasión de ver saltar las tiras de cráneo de sus hijos, los maridos el drenaje de endorfinas de sus esposas, en un ambiente hogareño archiconocido y tranquilizador.

Tampoco faltaron los intentos de resistencia. En realidad, abundaban, y se caían de maduros, si uno superaba la primera impresión y observaba la raquílica fragilidad de esas osamentas mal pegadas con restos de vísceras y gelatinas putrefactas. La pasividad del terror tenía sus límites. Un pueblo de chacareros y camioneros endurecidos por el trato cotidiano con la Naturaleza y el hombre lobo del hombre, no podía rendirse sin combate. Algunas fueron luchas improvisadas en el furor desesperado del contacto, otras fueron esperadas y preparadas, con palos, fierros, cadenas y muebles para lanzar. Media docena de hijos varones en todo el vigor de la juventud, defendiendo a sus padres ancianos, contra un artrítico muerto mohoso, no tenía por qué ser una batalla perdida de antemano. Y sin embargo lo era.

En algunos boliches y restaurantes se habían organizado grupos grandes de defensa, parapetados en sótanos o terrazas, o en salones cuyas entradas eran tapiadas con montañas de sillas y mesas. El número de los vivos alentaba esperanzas de salvación, pero el número de los muertos siempre era superior. «Venderemos caras nuestras endorfinas», decían. Terminaban regalándolas. Y los que se esquivaban no encontraban nada mejor que salir corriendo. Correr, perderse por calles oscuras, buscar los espacios abiertos, daba un momento más, un momento que podía prolongarse, recuperar el instinto de la liebre, mientras respondieran las piernas y los pulmones. Pero también debían responder las calles, las esquinas, los baldíos; y la única respuesta que daban era una proliferación de asaltantes embozados en muerte vieja y terror renovado.

En cuanto al plan de los médicos del Sanatorio, tenía el mérito de la iniciativa, y casi ningún otro. Estaba condenado de antemano, por fallas intrínsecas y extrínsecas. Además, ni siquiera se lo llegó a poner en práctica, por una circunstancia casual que

terminó significando alimento extra para los atacantes. En efecto, sucedió que intempestivamente, cuando todo el mundo estaba tratando de salir del pueblo, entró a éste una nutrida caravana de autos y camionetas cargados a reventar de gente bien vestida, hombres de jaquets y *smokings*, mujeres de largo con pieles sobre los escotes y las joyas. Venían de una estancia del camino al Pensamiento, y eran los invitados de una sonada fiesta de bodas. La estancia era propiedad de una rica familia francesa, muy prolífica; la que se casaba era una de las once hijas del dueño, y los invitados habían acudido de las grandes estancias de la parentela en el Sur (los de Pringles eran campos de invernada), de Buenos Aires, y hasta de Francia. En medio de la fiesta el patriarca había sufrido un infarto, y sin perder tiempo lo habían acondicionado en una camioneta y habían partido rumbo al pueblo. Como los demás no tuvieron ánimos para continuar los festejos, los siguieron; el caso parecía grave; temían que muriera antes de llegar, por lo que la caravana fue acelerando como en una carrera. Durante el viaje trataron de comunicarse con el Sanatorio, y con médicos conocidos, pero todos los números les daban ocupado, o no contestaban. Así fue que cayeron con total inocencia en medio de otra «fiesta» que terminaría peor todavía que la que se les había arruinado a ellos. En su apuro, no notaron nada raro en su entrada al pueblo. Los vehículos, unos cuarenta, llegaron a la esquina del Sanatorio sin inconvenientes. La irrupción de los parientes pidiendo a gritos una camilla y atención para un paciente grave sorprendió a médicos y enfermeros, que esperaban cualquier cosa menos ésa. Las explicaciones que trataron de darse no hicieron más que aturdir las mentes ya alteradas de los recién llegados; había que reconocer que era difícil de explicar de buenas a primeras. Empezaron a entender de qué se trataba, y cuál había sido la descomunal medida de su inoportunidad, cuando ya les estaban abriendo el cráneo y sorbiendo el seso. Los muertos, que aparecieron en gran cantidad, operaron de afuera hacia adentro: primero los familiares que habían quedado en la vereda, después los que ya habían ingresado a los pasillos y salas de espera, las oficinas, los cuartos, laboratorios, terapia intensiva, hasta llegar al sancta sanctorum del quirófano. Ni siquiera el infartado, al que le quedaba un hilo de vida, se salvó. Fue uno de los banquetazos de la noche, esa inerme acumulación de franceses fiesteros y ricos, la clase de gente que hace de la producción de endorfinas su razón de ser.

No cayeron todos a la vez, empero, porque un auto se había desprendido de la comitiva antes de llegar al Sanatorio (previa consulta hecha por celular con los que conducían la camioneta inicial), y se lanzó a cruzar el pueblo, en la más completa ignorancia del aquelarre. Iba a la Iglesia, a buscar al cura. La familia era ferviente católica, y habían pensado en el auxilio del último sacramento por si pasaba lo peor (qué ingenuos). El encargado de esta misión era un hermano del agonizante, el de relaciones más fluidas con la jerarquía eclesiástica; y en su auto venían los novios: se habían metido en él como podrían haberlo hecho en cualquier otro, por el apuro. Cruzaron el pueblo a toda marcha, sin frenar en las esquinas, y, en parte por la velocidad, en parte por la distracción de la emergencia, no notaron nada raro. Si

vieron un cadáver babeante salir de una casa, pensaron que había una fiesta de disfraz, si vieron otro bamboleándose en un techo, lo tomaron por una divisa publicitaria. ¿Un grupito de jóvenes corría por el medio de la calle? Estarían apurados. ¿El comedor iluminado del Hotel Pringles estaba lleno de cuerpos exánimes sobre las mesas y el piso? No miraron.

Frenaron ante la Iglesia. Bajaron. El tío fue directamente a la Casa Parroquial. No temía que la hora avanzada lo hiciera inoportuno, ya que era el principal donante del partido. Lo acompañó el novio. Encontraron la puerta derribada, y entraron, intrigados. Dos sombras largas y desgarradas cruzaron desde la Plaza y entraron tras ellos. La novia mientras tanto había visto que las puertas de la iglesia estaban abiertas, y entró pensando que quizás podía encontrar al cura en un oficio nocturno. No era así. La nave estaba desierta, en el altar ardían unos cirios solitarios. Avanzó por el pasillo central, con su gran vestido de tules blancos. Era como si una misma escena se repitiera, en otro registro. Se había casado horas antes, en la capilla de la estancia, y entonces también había avanzado, «blanca y radiante», por el pasillo central, pero entonces el pasillo estaba flanqueado por rostros sonrientes, y sonaba la Marcha Nupcial, y había luces y flores, y allá adelante la esperaba su novio. Ahora en cambio la única figura hacia la que avanzaba era el Cristo que presidía el altar, y avanzó precisamente por la fascinada curiosidad que despertaba en ella esa estatua, que no recordaba haber visto antes en la iglesia de Pringles. Era un Cristo en la Cruz, doliente, expresionista, retorcido, francamente putrefacto, se lo diría obra de un imaginero loco que hubiera fundido el concepto del Calvario con el de Auschwitz y las secuelas de un apocalipsis nuclear o bacteriológico. En la media luz trémula, más que verlo lo adivinaba, y demasiado tarde advirtió que lo había imaginado mal, cuando el Crucificado dio un salto hacia ella, con un resoplido que era un fuelle diabólico, y le cayó encima; rodaron juntos, la novia sin poder gritar porque en el mismo revolcón la falsa estatua le desnudaba el cerebro y le sorbía las gotitas ricas en sustancia de esperanza de Luna de Miel, hijos y hogar.

En el Palacio mientras tanto el pesimismo había cedido paso a la desesperación. Unas postreras llamadas, y luego su cese, les permitieron deducir lo que había pasado en el Sanatorio. En el Hospital, a despecho de su lejanía del Centro, las cosas no habían ido mejor; hasta el Asilo de Ancianos Indigentes, anexo al Hospital, fue objeto de una hambrienta visita que no perdonó cabeza. Entonces, ¿no respetaban nada? ¿No desdeñaban ni siquiera a pobres ni viejos ni enfermos? Por lo visto, no. Al Médico de Policía, que seguía en las oficinas del Intendente, esas preguntas le suscitaron algunas reflexiones, que compartió con sus compañeros de desdicha. En su busca de endorfinas, dijo, los muertos mal resucitados llevaban todas las de ganar; la naturaleza humana de sus congéneres con vida jugaba a su favor, en tanto quería que los vivos siguieran viviendo; por eso había dotado a sus organismos de una fuente inagotable de sustancia de felicidad, para que nunca dejaran de creer que valía la pena seguir en el mundo, y multiplicarse. Dada esta premisa, a nadie le faltaba. Los bellos,

los ricos, los jóvenes, segregaban endorfinas sin pausas, no sólo las pasivas, que resultaban de la felicidad en la que transcurrían sus existencias, sino también de las activas, pues el rico quiere ser más rico, el bello más bello, el joven más joven. Y las endorfinas activas, las más apreciadas por estos sorbedores nocturnos, eran la especialidad del resto mayoritario de la población: los viejos, los pobres, los humillados, los enfermos. El último despojo humano, el que no había gozado de un solo minuto de dicha en toda su vida, para mantener esa vida en marcha necesitaba haber producido toneladas de endorfinas.

Así siguió discurriendo un rato. Muy interesante, pero muy inútil. O no tanto, porque de estas razones salió una consecuencia práctica poco después. Algunos ruidos sospechosos, en las concavidades tenebrosas del Palacio, acompañados por la certeza de que la situación era insostenible, les hicieron decidir el intento de una huida. No era tan descabellado. La Plaza se veía desierta, y allá enfrente estaba la Cherokee del Intendente, intacta: no tenían más que correr esos cincuenta metros, meterse en el poderoso vehículo y salir arando en dirección al Cementerio y la Ruta 3. Los barrios devastados de ese rumbo no debían de ser especialmente peligrosos. Abandonar a sus familias, a esta altura, era un hecho consumado. Hacía rato que los teléfonos de sus casas no contestaban. Además, no irían lejos. Si tomaban la dirección de Bahía Blanca tendrían que encontrar, quizás a muy poca distancia, a los auxilios que habían pedido y que les habían confirmado que estaban en marcha. En realidad, era lo más conveniente que fueran a esperarlos allá, pues estaba visto que desde adentro del pueblo era imposible emprender ninguna acción eficaz.

Todo bien en teoría, pero cuando se pronunció el «¿Vamos?» de la práctica, hubo una tremenda vacilación. Esos cincuenta metros de carrera en descampado hasta la camioneta se les hacían difíciles de digerir. ¿Y si iba uno solo, la ponía en marcha y venía a buscar a los demás a la explanada del Palacio? Ni se molestaron en proponerlo, porque no estaban para sacrificios. Aquí fue que el Médico de Policía se acordó de lo que había estado diciendo, y se le ocurrió una solución. El Manco. ¿Seguiría en lo alto de la torre? Sí, seguramente, ¿pero qué tenía que ver el Manco? Muy fácil: si todos necesitábamos las endorfinas para sobrevivir a las hostilidades y tedios del mundo, ¿cuánto más no las necesitaría un mutilado? La idea, bastante artera, era hacerse acompañar en la salida por el Manco; si los atacaban, lo atacarían a él primero, y ellos dispondrían de unos valiosos segundos para escapar.

No se cuestionaron el aspecto humano de la maniobra. Si medio pueblo había perecido, ¿qué significaba una víctima más, sobre todo si era un estropeado inservible y medio tarado? Lo llamaron por el *walkie-talkie* y fueron a esperarlo a la puertita que daba a la escalera de caracol. Tenían una buena excusa para requerir su presencia: no querían irse sin él. Una vez que estuvo con ellos, le explicaron el plan de huida, omitiendo el detalle que le concernía, se armaron con todos los elementos contundentes que encontraron a mano y fueron a la salida. No se veía a nadie en la Plaza, la Luna estaba muy alta y muy pequeña, como un foquito pálido que costaba

trabajo relacionar con la claridad plateada que bañaba los árboles y los canteros. Las fuentes, las famosas fuentes de Salamone, esta noche justificaban más que nunca la comparación, tantas veces hecha, con platos voladores babilónicos. «¿Vamos?» «¡Todos juntos!» «¡Corriendo a todo dar!» «¿Las llaves?» El Intendente las tenía en la mano.

«¡¡Vamos!!»

¿Los habían estado esperando? ¿Habían caído en una trampa, dispuesta por ellos mismos? Lo cierto es que no habían hecho ni la mitad del trayecto cuando apareció una veintena de muertos vivos, rápidos, precisos, implacables, a pesar del descoyuntamiento, y les cerraron el paso. Lo que sucedió después, fue cosa de segundos. La previsión del Médico de Policía fue acertada: los veinte se lanzaron sobre el Manco, le abrieron la cabeza y se prendieron como lechoncitos mamando. Los demás empezaron a desbandarse, en un desconcierto momentáneo que no duró mucho porque vieron surgir más atacantes de atrás de los autos estacionados enfrente y de las fuentes a los costados, así que retrocedieron corriendo de regreso al Palacio. No se volvieron a mirar al pobre Manco, que estaba hecho un alfiletero, todavía de pie (no había tenido tiempo de caer).

El Palacio había dejado de ser un refugio. De hecho, algunos cadáveres habían entrado antes que ellos, así que el grupo se disolvió en carreras por salones oscuros, escalinatas y pasillos. En pocos minutos de esta fatal «mancha venenosa» todos estaban pensando que eran el último sobreviviente, y en unos segundos más todos tenían razón, o la tenía uno solo. El Intendente, perdida toda dignidad, se acurrucó en el fondo de un armario del que cerró la puerta por dentro y se quedó quieto y callado, conteniendo la respiración.

Pero quiso la mala suerte que en ese momento sonara el telefonito que tenía en el bolsillo, y que había permanecido ominosamente callado desde hacía un buen rato. Para colmo, con los nervios tardó en encontrarlo y hacerlo callar; buscó en todos los bolsillos antes que en el correcto. Cuando al fin lo tuvo en la mano, atendió. Ya no valían prudencias, y la compañía de una voz era preferible a la nada.

Era un hombre que llamaba desde la Escuela 7, en nombre de la Comisión Cooperadora, para decirle que habían decidido no votarlo en las próximas elecciones.

No atinó a preguntar por qué. La voz sonaba amarga y definitiva, nada amistosa, aunque era la de un viejo conocido, por cuya lealtad electoral el Intendente habría puesto las manos en el fuego unas horas antes. Quiso balbucear, con un resto de reflejo político, que no era el momento de discutir candidaturas, o que él seguiría al servicio del pueblo en cualquier puesto en que pudiera ser útil, sin ambiciones personales, pero el otro lo interrumpió antes de que empezara, diciéndole que el sentimiento que le estaba transmitiendo era compartido por vecinos del barrio, y seguramente por todo el partido, y que podía ir despidiéndose de la Intendencia. Tras lo cual cortó sin despedirse.

Lo primero que pensó el Intendente fue que le echaban la culpa de lo que había

pasado. Era injusto en grado sumo, pero no podía esperarse otra cosa. Y sin embargo, sospechó que había algo más. Recordó que la Escuela 7 había sido uno de los primeros puntos afectados. El que lo había llamado, evidentemente, había sido un damnificado, y la mala onda que se traslucía en su voz era efecto de la pérdida de endorfinas, pérdida que habrían sufrido todos los que lo rodeaban, esa chota Comisión Cooperadora, y, a esta altura, el pueblo entero. Lo primero que se les había ocurrido en su nuevo estado era promover una moción contra el Intendente. ¿Sería el fin de su carrera? Llevaba ganadas tres reelecciones, iba por la cuarta, quince años al frente de la Municipalidad, y siempre ganando por mayorías abrumadoras. Ni los largos años de *laissez-faire*, ni las sospechas de corrupción, ni la suba de impuestos, le habían hecho mella a su popularidad ni a su bien aceitado clientelismo. Y ahora esto, la disipación de unas insignificantes gotitas mentales, venía a hundirlo. ¿Entonces su permanencia en el cargo no se debía a su habilidad de timonel de comité, su carisma y sus relaciones, sino a la felicidad de sus votantes? Mal momento para descubrirlo. Ya se había abierto la puerta del armario, y una silueta inhumana y humana a la vez, recortada en negro sobre negro, se inclinaba sobre él. Por su mente pasaron en un segundo, en cámara rápida, todas las obras públicas y las mejoras urbanas que le debía Pringles.

Mientras tanto, la cacería se prolongaba en las calles, en las casas, en terrazas y sótanos, a cielo abierto y en los más recónditos escondrijos. La noche se prolongaba. La Luna seguía su camino por el cielo, sin apuro. Uno de los últimos reservorios de materia dichosa viva y palpitante persistía, milagrosamente, en pleno Centro. Era en los altos del Teatro Español, en el gran salón sobre la calle Stegmann que la Sociedad Española alquilaba para eventos. En esta ocasión se había celebrado una fiesta de bodas, menos elegante que la de los franceses, pero igualmente concurrida. La novia era la hija de un chacarero de los que tiran la casa por la ventana en los casamientos para impresionar a su nueva familia política. Se habían consumido corderos y lechones en cantidad, y vino sin cuento. La alarma les llegó a su debido momento, y como nadie se marchó fueron testigos privilegiados de la invasión, por la altura, la ubicación, y los muchos balcones de los que estaba provisto el salón. El hecho de que no los hubieran atacado todavía podía deberse a muchas causas, o a ninguna, o a que los dejaron de postre. Entre las muchas causas podía estar el que hubieran quedado entre dos multitudes que sí recibieron, temprano, la visita de los sorbedores de ultratumba: abajo y atrás, el público que había asistido a la función de cine del Teatro Español, al que sorprendieron a la salida, amontonados en el *hall* y la vereda; al costado, los pasajeros del Hotel y los comensales de su restaurant. Todo eso lo habían presenciado desde los balcones, y habían tenido tiempo de prepararse. El salón, cuyas disposiciones de seguridad en materia de evacuación no habrían soportado la visita de un Inspector, tenía por único acceso una estrecha y empinada escalera, lo que habría provocado un holocausto en caso de incendio pero lo volvía fácil de defender. Los intentos de intrusión por parte de los muertos vivos fueron repelidos a botellazos

desde lo alto de la escalera; habían bebido lo suficiente para disponer de esos proyectiles a discreción. Luego los atacantes se dispersaron, y hubo un largo rato de tensa calma.

Ahora volvían, y esta vez sería imposible mantenerlos afuera. Por lo visto, se había producido un reflujo hacia el Centro, y venían de a nubarrones por la calle Stegmann. Aun con los botellazos y las rodadas y consiguientes avalanchas que se producían cuando los más audaces intentaban un cuerpo a cuerpo, el paso de la escalera no tardó en quedar expedito. Los primeros cadáveres ambulantes que entraron al salón causaron un remolino de gritos y carreras que por falta de espacio no tenían más desenlace que el círculo, figura clásica del terror. Y si alguien hubiera preferido el salto al vacío, la disuasión se le había adelantado pues las puertas que daban a los balcones se llenaron de los seres inconcebibles, a los que ahora veían de cerca y a plena luz. Y seguían entrando; el número hacía inútil defenderse atacando, porque los que atacaban a uno eran a su vez atacados por otros. Ellos ganaban siempre. Lo peor era que no sólo los veían de cerca, sino que, como no había lugar para salir corriendo, los veían de cerca realizar su horrenda operación cerebral; mucha gente nunca había pensado siquiera en que tenía un cerebro, y ahora los veían a medio metro, desnudos, hurgados y succionados por una extraña lengua, y hasta oían el ruidito líquido del sorbido. Aun con el pavor, no dejaban de retorcerse, patear, dar vueltas carnero. Parecía un baile, en el que las parejas se hubieran formado con un muerto y un vivo.

Los gritos se iban apagando gradualmente. Lo que había empezado como una algarabía inextricable de chillidos y rugidos, advertencias y pedidos de auxilio, se iba decantando, intercalado de silencios, en expresiones de agonía aisladas. Y de uno de los últimos gritos surgió, inesperadamente, el remedio.

Una señora mayor, arrinconada en el fondo del salón, vio levantarse del cráneo abierto de un niño a un muerto sorbedor, babeante y majestuoso a su manera, irguiéndose sobre tibias moteadas de verde, con barrocos moños de tripas secas sacudiéndose como faldones de levita, restos inconexos de cara pegados a la calavera, y lo vio mirarla, elegirla, dar un paso hacia ella.

Entonces... lo reconoció. Le vino del fondo de sí misma, independiente de todo proceso mental, le vino del sedimento de vida pringlense, de la erudición de los años y el interés apasionado por la vida del prójimo, que en los pueblos equivale a la vida misma. Lo que le vino fue el nombre.

—¡El ruso Schneider!

Sonó en un intervalo de silencio, resonó en todo el salón. Algunos miraron. El cadáver (que era efectivamente el del inmigrante alemán Kurt Alfred Schneider, fallecido quince años atrás) detuvo su movimiento, desdeñando, gesto inédito, a una presa inerme, le dio la espalda, e inició una tranquila marcha hacia la salida. Lo que sucedió a continuación fue muy rápido, como siempre es rápido, instantáneo, el «darse cuenta» de algo obvio que a todos se les ha pasado por alto.

Habían tardado toda la noche, o todo ese fragmento terrible de medianoche, y casi todo el drenaje colectivo de endorfinas, en caer en la cuenta de que esos muertos que volvían eran los muertos del pueblo, sus padres, y abuelos, sus amigos, sus parientes. Pasara lo que pasara con un difunto después del momento fatal, seguía siendo el mismo, caso contrario el fallecimiento no habría sido el suyo. ¿Por qué no se les había ocurrido antes? Probablemente porque no habían tenido tiempo de pensarlo, y no habían creído que sirviera de nada. Tenían cierta justificación porque estos monstruos sedientos que parecían teleguiados por potencias diabólicas expulsaban con violencia toda idea familiar de vecinos, de pringlenses. Parecían venir de demasiado lejos. Y sin embargo venían del Cementerio, donde los vivos iban todos los domingos a llevarles flores y de paso a hacer un paseo que les refrescaba las ganas de vivir. Y allí en el Cementerio las lápidas aseguraban que las horribles metamorfosis de la muerte no alteraban la identidad, y la identidad era el nombre. Si no, ¿para qué servían las lápidas? Las cosas empezaban a ponerse en su lugar, empezaban a «coincidir». Que los muertos coincidieran con sus nombres, como los vivos, era mera lógica, pero de pronto parecía una revelación. De ahí que a los testigos no los sorprendiera que el nombre los detuviera en su impulso asesino, los hiciera volver al Cementerio donde pertenecían. Si era cierto, si funcionaba con todos como había funcionado con el ruso Schneider, el remedio era fácil, porque los nombres, como ya dije, los conocían todos (menos yo). Claro que había que reconocerlos, lo que a priori no parecía tan fácil.

Pero era fácil. Pasaba que hasta entonces los había visto sólo como los monstruos posthumanos que eran, pero ahora que recordaban que también eran vecinos pringlenses que habían recibido cristiana sepultura, la óptica cambiaba. En minutos pudieron comprobar cuánto había cambiado. Porque los reconocían al primer golpe de vista. Los reconocían con sorpresa, y de la misma sorpresa salía el nombre. Las señoras mayores, como la iniciadora del método, eran las que más nombres decían, señalando a tal o cual fantasmón esquelético, que al oírlas se volvía, obediente, y se marchaba. Los hombres no se quedaban atrás; quien más quien menos, todos habían hecho negocios con todos. La edad ayudaba. Los jóvenes, cuyo vigor y agilidad les daban ventajas en la guerra, debían recurrir a los conocimientos y recuerdos de los mayores en esta fase de la guerra.

Era como si abrieran los ojos, y los vieran por primera vez. Eran Fulano, y Mengano, y el padre de tal, la que dejó viudo a cual, era la de Zutano que había muerto tan joven... Y el nombre era la clave mágica e infalible del desistimiento; lo oían y se marchaban, abandonaban el ansia; no era necesario gritárselo, lo oían de todos modos, parecían estar atentos al sonido que les correspondía. Más aún: parecían haber estado atentos todo el tiempo, e intrigados porque nadie se los decía.

Muy pronto, ya estaban bajando todos por la escalera, seguidos por los que gritaban los nombres (no era necesario, pero igual gritaban), repitiéndolos por si acaso, aunque con una sola vez bastaba. Y en la calle, los invitados a la fiesta,

envalentonados, se fueron en todas direcciones, en busca de más muertos-vivos, que no faltaban, para enfrentarlos decididamente, reconocerlos, y nombrarlos. La noticia voló. Los pringlenses salieron de abajo de las camas, y ahora eran ellos los que salían de cacería, sin piedras ni palos ni escopetas, armados sólo con su conocimiento de las viejas familias y sus pérdidas.

A alguien le podría haber asombrado lo infalible del método. No habría tenido en cuenta que los apellidos eran la lengua del pueblo, y que sus habitantes la hablaban desde que aprendían a hablar. Era como si toda la vida se hubieran estado preparando para este momento. O bien podía asombrar, o parecer inverosímil, que se acertara en cada uno, en todos los casos. Había muertos de cien años, poco más que amasijos de polvo pegoteado de cualquier modo. Pero eso podía explicarse porque los apellidos se habían interconectado con el tiempo, hasta emparentar a toda la población; aparentemente los muertos aceptaban como suyo cualquier apellido que perteneciera a su ramificado árbol familiar.

De las calles en que un rato antes el silencio sólo había sido interrumpido por un chillido de horror o por un resoplido de ultratumba, se levantó un coro de nombres que llegaba al cielo. Todos los gritaban, en las calles, en las puertas y ventanas de sus casas, en los balcones, desde autos y bicicletas. Los muertos marchaban en silencio, rehaciendo en dirección inversa el trayecto que habían hecho antes. Confluían hacia la Plaza, y de ahí, en una masa compacta, por las transversales que llevaban al camino del Cementerio.

La retirada era como la de la marea. Se llevaba todas las endorfinas del pueblo, a la mañana siguiente los pringlenses tendrían que volver a producirlas, de cero. Ya no los perseguían, salvo por curiosidad, ni gritaban nombres, salvo alguno que se les había olvidado, el de alguna familia extinguida, que un viejo sacaba del fondo de la memoria y pronunciaba en voz alta por precaución extra. Además, no les costaba nada ni tenían que ir tan al fondo de la memoria. Su conversación cotidiana estaba llena de nombres, el pueblo estaba hecho de nombres, y esa noche los nombres habían salvado al pueblo.

Hubo algunos curiosos que los siguieron, pero la mayoría prefirió contemplar la procesión desde las terrazas; los que tuvieron mejor vista fueron los propietarios de los únicos tres edificios altos del pueblo, y sus vecinos que se hicieron invitar. Veían una masa oscura, hormigueante aunque ordenada, que refluía hacia las afueras. El único incidente digno de notar tuvo lugar cuando la muchedumbre de muertos vivos hubo superado el Chalet de la Virgen. Entonces, las cinco Vírgenes que lo habitaban salieron una tras otra por la puerta. Habían adquirido movimiento, nadie se explicaba cómo, quizás por una especie de milagro religioso; y no sólo eso: también habían adquirido luz, una intensa irradiación dorada que las nimbaba y las hacía visibles desde lejos. Se fueron separando y se ubicaron a la retaguardia de la gran marcha, como pastores conduciendo un rebaño. Y lo condujeron hasta el fin, es decir hasta el Cementerio, y entraron también, detrás del último muerto, y, aunque eso nadie lo vio,

seguramente supervisaron que cada cual entrara a su tumba y no a la del vecino.

Así terminó todo. Salvo para los que estaban en la terraza del edificio más alto, que dominaba, más allá del Cementerio, todo el perímetro de rutas que rodeaba el pueblo. En la cinta curva de macadam que hacía un círculo perfecto alrededor de Pringles, irreales bajo la luz blanca de la Luna, se desplazaban en direcciones contrarias dos autos, que a la distancia parecían de juguete. Uno iba a toda velocidad, «como corriendo una carrera», el otro muy lento, a paso de tortuga, tanto que si no se tomaba como referencia algún accidente del terreno se lo diría inmóvil. Los que los veían los tomaron como una señal de que la vida seguía, y que al día siguiente las familias pringlenses retomarían el hábito de salir a pasear en auto, en el trabajo, difícil y fácil a la vez, de reconquistar la felicidad perdida.

III

A la mañana siguiente me desperté deprimido, aun antes de saber que estaba deprimido. Después recordé que era domingo, el día más difícil de sobrellevar para mí. La depresión del domingo es un clásico, y no podía no serlo en alguien sin trabajo, sin familia, sin perspectivas.

Me quedé un rato en la cama. Ni siquiera era tarde; era temprano; no se me ahorra ni un sorbo de la copa de la amargura. Recordé el viejo dicho catalán sobre las tres cosas que se pueden hacer en la cama: «Rezarle a Dios, fantasear con la prosperidad futura, y rascarse el culo». Nunca fui bueno con el fantaseo, ni siquiera ese consuelo tuve; a los vuelos compensatorios de la imaginación siempre los interrumpió, no bien despegaban, el disparo certero de la razón. Tenía incorporada la sensatez prosaica del pueblerino, pero en una versión inútil para los negocios. De modo que el pensamiento solitario no me servía más que para acumular recriminaciones por mis fracasos, para revivirlos, y para seguir deprimiéndome. No obstante, existía la posibilidad de que lo mío fuera simple mala suerte. Es decir, podía depender del azar. Si era así, como había venido podía irse, y yo no necesitaba considerarme un fracasado. Quizás estaba pasando una mala racha, y una vez que hubiera pasado, me iría bien. Los famosos «siete años»... Preferí no hacer el cálculo del tiempo que llevaba en la desgracia, por sospechar que eran más de siete años. No recordaba haber roto ningún espejo, pero quizás lo había hecho sin darme cuenta. Además, no tiene importancia porque es una vulgar superstición. Cuando la gente dice que romper un espejo trae siete años de mala suerte está creando una ficción, geometrizando un caos; la suerte es variable, y en un año, qué digo en un año, en un día, en una hora, puede dar varias vueltas de buena a mala y viceversa. Es cierto que a veces se dan rachas, más largas o más cortas, y si bien esta supuesta racha de siete años es larguísima, casi excesiva, aun así queda dentro de los límites de lo posible. El poder mágico del espejo roto suspende toda variación en ese lapso, hace que la suerte deje de ser suerte, y todo sale mal. Pero una vez cumplidos los siete años, la suerte no tiene por qué volverse necesariamente buena; se vuelve suerte a secas, cambiante, voluble, buena y mala. Y sujeta a rachas. E inmediatamente de cumplido el plazo, puede sobrevenir, por qué no, una racha de mala suerte, que puede durar un mes, un año, cinco años, cincuenta y cinco años. En fin, confiar en la suerte o desconfiar de ella, no era una solución.

Al fin me levanté y me vestí. Habría querido salir, para ver cómo se reponía la gente de la ordalía de la noche, pero al fin no salí. Mi madre se había levantado antes que yo, y no bien me vio trasponer la puerta del dormitorio me preguntó cómo me había caído la comida. Tardé un instante en comprender que se refería a la comida que nos había preparado y servido mi amigo en la cena. ¿Cómo me había caído? Bien. O: ni bien ni mal. No me había «caído». La había comido y me había olvidado. No dije nada, pero no le importó, porque sólo me lo había preguntado para decirme

que a ella le había caído mal, sentía asco y repulsión. ¿Qué era eso que nos había dado? ¿Cómo se llamaba? ¿A mí me había gustado? Ella lo había comido sólo por no hacer desprecio, y ahora se arrepentía. Había tenido que tomar un té de boldo no bien se levantó, y seguía con el estómago revuelto.

Seguía belicosa. Todo lo de la cena le había parecido mal, y la comida no podía ser una excepción, pero en realidad era una excusa para hablar mal de lo que de verdad le parecía mal, que era mi amigo en sí, su casa, sus colecciones, su vida, su existencia (en contraste con la mía). Era un argumento que la llenaba por entero, le daba mucho que decir. En ese sentido, y sólo en ese, la cena le había venido bien, porque le permitía relanzar su discurso, inspirada, convincente.

Su idea fija era que yo no había fracasado, que no tenía motivos para sentirme descontento de mi vida, que podía ser feliz, y que de hecho lo era. Según ella, yo había hecho siempre lo correcto, lo seguía haciendo, era un hombre ejemplar, un modelo, y además era joven, apuesto, inteligente. Los hechos objetivos la desmentían rotundamente: yo iba para los sesenta años, estaba gordo, arrugado, encorvado, me había quedado solo, sin familia (salvo ella), sin plata, sin trabajo, sin futuro. Esa discrepancia mamá la salvaba cerrando los ojos a la realidad, y como esto no era suficiente culpaba al resto de la humanidad. O mejor dicho, no la «culpaba» sino que se limitaba a criticarla, a encontrarle defectos, a verlo todo mal en todos; la comparación conmigo quedaba implícita, como quedaba implícito que de ese contraste no podía esperarse nada bueno para mí, y si algo malo me había pasado la culpa tenía que ser de ese prójimo extraviado y maligno que nos rodeaba. Pero ella tampoco admitía que me hubiera pasado nada malo: yo estaba bien donde estaba, me había ido bien en la vida, me iría mejor en el porvenir. En suma, operaba una completa negación de la realidad. A esa negación se reducía su vida; a eso se la había reducido yo. El instinto materno en ella había sido siempre muy fuerte; los años, y la irrealidad pavorosa de mi vida, lo habían deformado hasta esa caricatura.

Volvió a los mismos temas de anoche. Para qué quería mi amigo toda esa basura que había juntado. Estaba fundido, no tenía más que deudas. Y esas porquerías inútiles debían de ser caras, le habrían costado mucho... Me miraba pidiendo confirmación. Eso era lo peor para mí, entrar en un diálogo que no era diálogo, en una conversación en la que no había lugar para mí. Le dije que algunos objetos los habría conseguido más baratos, otros más caros. Y agregué que en cualquier caso, eran una inversión. Tenían valor. Podía venderlos, si quería.

Hubo una mueca de sorna que yo conocía bien. ¡A quién le iba a vender eso! ¡Quién podía querer semejantes atrocidades!

Era típico. Una de las contradicciones a las que había tenido que acostumbrarme. Yo siempre tenía razón, salvo cuando hablaba con ella, y entonces nunca la tenía, y ningún argumento valía.

En este caso, mamá estaba anteponiendo la razón del pueblo, de la gente que ella conocía, de su mundo, en el que nadie gastaría un centavo en una antigüedad ni un

objeto curioso. Un mundo práctico, concreto, razonable, antiestético, sano.

Volvió al asunto del Atlas. Me di cuenta de que volvía antes de que volviera, por la mirada que lanzó en dirección al rincón del aparador donde tenía sus propios Atlas, los que consultaba cuando sacaba palabras cruzadas: eran dos o tres, viejos, ajados (uno de ellos me lo habían comprado a mí cuando estaba en la escuela), pero de tamaño razonable, «normal». Era la anormalidad del Atlas desmesurado de mi amigo lo que la había impresionado, no su antigüedad. Curiosamente, era la antigüedad lo que habría podido impresionarme a mí, por un motivo muy específico. Sin ser un intelectual, ni nada que se le pareciera, ni tener el menor interés en la política, yo me mantenía informado de los cambios de nombres de los países y sus fragmentaciones; era una suerte de lealtad a mi placer infantil de dibujar mapas en la escuela, y ponerle un color diferente a cada país. Si le hubiera dicho a mamá que sus mapas estaban desactualizados, me habría contestado que mucho más debía estarlo ese descomunal mamotreto de mi amigo; y no valía decirle que como hoy día todos los países estaban volviendo a sus viejas fronteras, ese Atlas antiguo podía resultar más actualizado que los suyos, que estaban meramente desactualizados.

Pero en realidad no hablé del Atlas, aunque estoy seguro de que tuvo la intención; la desvió una asociación de ideas, en la que encontró un filón más dramático: dijo que había tenido pesadillas toda la noche. Era casi obvio, lo menos que podía esperarse, después de una visita a ese museo de horrores que era la casa de mi amigo. Pensé inmediatamente en la máscara de elefante, y casi creí ver esas imágenes bestiales flotando en lo negro, un Ganesha vengador, pronto transformado en monstruo (yo también estaba haciendo mis asociaciones de ideas, pero eso no lo registré por el momento).

Habló de una de las pesadillas que había tenido, o de la única, repetida. Al menos no me contó otra. Dijo que había soñado con el Loco Allievi; que ella trataba de curarlo de su locura y no podía... y volvía a tratar, y no podía... creo que no me contó nada más, salvo que lo haya hecho y yo me haya olvidado, aunque me parece más bien que fui yo el que agregué algo, un paisaje de montaña, polvoriento y abismal, bajo una luz de mediodía perenne que iluminaba a dos exploradores perdidos, o mejor: fugitivos, corriendo, trepando, a punto de desbarrancarse: mamá y el loco Allievi, vestidos de negro a la moda antigua, en esas rocas de la desesperación, una escena muy movida, y a la vez siempre detenida, como en cuadritos de comic.

Con mi madre, en cierto modo, nos leíamos el pensamiento. Así que si ella no me contó las imágenes concretas de su pesadilla, y yo las vi igual, no quiere decir que yo las haya inventado o que ella no las haya tenido. De cualquier modo, fueron visiones momentáneas, de las que se hacen y deshacen en el curso de una conversación. Por lo demás, yo no podía tener una imagen clara del Loco Allievi porque no lo había conocido. ¿Cómo habría podido conocerlo si era un personaje de la infancia de mamá? Lo conocía por sus cuentos, que venía oyendo desde chico. La mejor amiga

de infancia de mamá era una chica a la que siempre llamó por todo nombre «la Loca Allievi». Siguieron siendo amigas de jóvenes. La Loca Allievi tenía un hermano, que por lógica se llamaba «el Loco Allievi». Era algo así como un problema de familia. La diferencia es que a la Loca la llamaban así por alocada, extravagante, «medio loca» como suele decirse familiarmente. El hermano en cambio estaba loco en serio.

De las muchísimas historias que mi madre contaba sobre estos hermanos, solamente me han quedado dos en la memoria, una de la Loca, una del Loco. La de la Loca es el cuento de su perro. Tenía un perro, al que adoraba, muy importante para ella. Le había puesto de nombre Rin-Tin-Tin, pero le decía Reti, o, en su pronunciación que mamá imitaba, Rreti. Al oír eso de niño, yo debo de haber hecho un razonamiento que seguramente fue el motivo de que se me fijara en la memoria: a un perro uno puede ponerle el nombre que quiera; no es que el perro «tenga» un nombre, sobre el cual el uso familiar puede hacer una deformación o abreviación; nada impide que esa deformación o abreviación «sea» el nombre. Pero la Loca Allievi decía (siempre en la pronunciación que le imitaba mamá) «Mi perro se llama Rrin-Tin-Tin, pero yo le digo Rreti». Ya ese solo hecho mostraba que estaba loca, aunque, repito, loca a medias, loca inofensiva y pintoresca, nada más.

Mi padre, cuando vivía, solía decir que mamá se especializaba en locas, que todas sus amigas estaban locas. Y tenía razón, al menos si uno atendía al discurso de ella. Siempre que contaba algo de alguna amiga o vecina era para mostrar lo «loca» que estaba. Sus charlas en las comidas empezaban: «hoy en la verdulería de Torres estuve charlando con la de X...», y nosotros ya adivinábamos lo que seguía: «está loca», y en todo el resto del relato, y en los relatos que hacía después, la llamaba «la Loca X». Su definición de «loca» debía de ser más amplia que la psiquiátrica, de modo de incluir todas esas rarezas que hacen interesante a la gente, o se la hacían a ella.

Volviendo a la Loca Allievi y a la única historia que recuerdo de ella: cuando su perro se murió, ella lo enterró y le puso encima una lápida con una inscripción: «Aquí yace Reti», y las fechas. Es decir que para lo definitivo se inclinó por el apodo, no por el nombre, y supongo que para hacerlo estaba en todo su derecho, al menos su derecho de loca.

Recordando lo que había pasado durante la noche, pensé que el nombre no sólo nos acompaña en la tumba (los pringlenses suelen decir, cuando alientan a alguien a comer y beber a su gusto: «es lo único que te vas a llevar»; se equivocan; el nombre también se lo llevan), sino que nos hace volver a ella en caso de una escapada.

La historia de su hermano (quiero decir, la anécdota de él que recuerdo) es más patológica: se iba en auto de la casa del pueblo a la estancia todo el camino en marcha atrás. La familia tenía una estancia, que se llamaba La Cambacita, cerca de Pringles, pero no tan cerca, a unos cuarenta o cincuenta kilómetros. Y con los malos caminos de tierra de ese entonces, y con uno de aquellos autos negros, hacer el trayecto marcha atrás debía de poner a prueba la capacidad de conducción del Loco. Pero precisamente eso demostraba su alienación, porque los locos suelen tener

capacidades extremas, que llegan a parecer mágicas, en determinadas habilidades muy puntuales. Antes, por supuesto, la locura ya estaba demostrada por la decisión misma de ir marcha atrás. Lo hacía sólo porque el auto estaba estacionado frente a su casa en la dirección opuesta a La Cambacita, y como él iba a la Cambacita debía de parecerle natural ir en esa dirección, en vez de hacer algo tan complicado como partir en la dirección incorrecta sólo para después tomar la correcta. La locura es más una exacerbación de la lógica que su negación. Además, si la caja de cambios incluía la marcha atrás, por algo sería.

No era un azar de la memoria que yo asociara al Loco Allievi con esta anécdota; mamá también lo hacía, prueba de lo cual es que siempre que lo recordaba era para recordar que iba a la Cambacita marcha atrás. Y pasarse toda una larga vida albergando esa imagen tenía necesariamente que engendrar vagas sugerencias de viajes mágicos, o de paisajes mágicos recorridos de espaldas, la vuelta al mundo marcha atrás o el Universo que se expande vuelto hacia su contracción infinita. A ese género de magias pertenecía un Atlas desmesuradamente grande, tanto como para amenazar con equipararse a los territorios que cartografiaba.

La angustia que había sentido en la pesadilla era la de una imposibilidad que venía dada con las premisas. Los psiquiatras no curan a los locos, y menos a un loco muerto sesenta años atrás. Además, mi madre en su papel (onírico) de psiquiatra quedaba disminuida por la «definición ampliada» de la locura a la que ya aludí. Quizás ella había aprendido en su infancia lo que era un loco gracias al hermano de su mejor amiga, y a partir de entonces le aplicó el adjetivo, volviendo adjetivo lo que originalmente había sido sustantivo, a todo el mundo, hasta que la palabra perdió sustancia y precisión. Al aplicársela a mi amigo, y al empeñarse en aplicársela para salvarme a mí del descrédito del fracaso, descubría aterrada que no le servía. Acorazado en su casa, en su colección, en su museo de juguetes, muñecas, máscaras, mi amigo se resistía a entrar en la definición de «loco», y ella había tenido que volver al loco primigenio, que seguía corriendo marcha atrás en su auto negro en el desolado teatrillo de la memoria.

Sea como fuera, durante el resto de la mañana tuve que oír una repetición de todas sus quejas. Para escapar de la melancolía miraba por la ventana, y era peor, porque allí afuera reinaba la monotonía superior de las mañanas de domingo pringlense, blancas y vacías. Me preguntaba si mi carácter no me estaría jugando en contra, a la larga. Siempre me había felicitado a mí mismo por mi naturaleza calma y cortés, por mi complacencia, mi tolerancia, mi sonrisa casi inalterada. No había heredado el carácter depresivo y combativo de mi madre, sino el de mi padre, que era una aceptación general del mundo, cercana a la indiferencia, enemigo de las discusiones y los problemas, ni optimista ni pesimista, con un fondo de melancolía que nunca llegaba a tomar del todo en serio. Tenía motivos para felicitarme, porque con otra personalidad no habría sobrevivido a las sucesivas catástrofes que hundieron mi vida en la nada. Pero por otro lado, esa personalidad excluía las pasiones, los

arrebatos, las posesiones, que le habrían dado color a mi existencia y me la habrían hecho más interesante.

Esperé a que se fuera (dijo que iba a la panadería) para llamar a mi amigo y agradecerle por la cena. No había querido hacerlo frente a ella porque me habría dicho que no había nada que agradecer, y hasta era capaz de pedirme el teléfono y decirle algunas groserías. Ese fue el motivo por el que no salí en toda la mañana, a pesar de las ganas que tenía de ver cómo había quedado el pueblo después de la invasión. Ella siempre salía por las mañanas, a hacer las compras y charlar con sus amigas que también salían: pero esa mañana tardó infinitamente en hacerlo, tan entusiasmada estaba en quejarse de la cena y los juguetes y todo lo demás; hacía tiempo que no tenía tanto tema.

Terminé impaciente y malhumorado; parecía que me lo hacía a propósito, posibilidad que no había que descartar del todo porque la convivencia nos había hecho sensibles hasta a las intenciones más secretas. Al fin se fue, y no había terminado de cerrar la puerta que yo estaba en el teléfono. Mis intenciones realmente eran «secretas» porque incluían, usando la cortesía como excusa, un trasfondo de interés. Me había propuesto renovar nuestra amistad, profundizarla, darle una vuelta de tuerca, de modo de preparar el camino para lograr que me financiara algún proyecto (todavía no sabía cuál) con el que levantar cabeza. Ya sé que no hay que mezclar los negocios con la amistad, pero a mí se me habían cerrado todas las puertas, y en la desesperación estaba dispuesto a recurrir a medidas extremas, sin importarme que fueran inconvenientes o maquiavélicas. Como era el único amigo que me quedaba, y todo indicaba que sería mi última chance, me había propuesto ir con pies de plomo.

Una primera maniobra había sido hacerme invitar a cenar, con mamá, para que él calibrara, sin saber que la estaba calibrando, mi situación. No es que lo tuviera por un portento de penetración psicológica o humana, pero al vernos a los dos tenía que haber percibido a qué confines me había arrojado la desgracia. Por supuesto que él sabía de mi situación, sabía que había tenido que irme a vivir con mi madre y que dependía económicamente de ella. Pero yo había querido que además nos viera, que nos viera llegar, irnos, que palpara la relación. Hay cosas que es imposible no comprender si uno las vive, o al menos si respira su atmósfera, porque entonces, aunque no las comprenda con el entendimiento las capta con todo su ser y le quedan bien registradas, que era lo que yo quería que hiciera mi amigo, de modo de irlo preparando para cuando llegara mi pedido de auxilio.

Ni por un instante di crédito a la información de que estaba fundido, aunque mamá la había verosimilizado bastante (con nombres). Pero me inquietaba el hecho de que ella me lo hubiera dicho. ¿Habría olido mis propósitos? ¿Tan transparente era yo? Si lo era, la maniobra corría peligro de entrada. Lamenté haberlo pensado, porque eso me restaba seguridad.

Atendió después de varios timbrazos. Su casa era muy grande y en general debía

recorrerla toda para llegar al teléfono. Dijo que acababa de levantarse, y efectivamente sonaba dormido, pero fue animándose a medida que charlábamos. No, no se había acostado muy tarde, pero cuando su familia se iba a Buenos Aires y se quedaba solo aprovechaba para dormir a gusto. Sobre todo los domingos. Lo felicité: esa capacidad de sueño indicaba que conservaba joven el sistema; yo en cambio, dije, debía de estar envejeciendo más de prisa porque cada vez dormía menos. Hoy me había despertado temprano, aunque anoche me había quedado hasta cualquier hora.

Me preguntó si había salido.

No. Yo ya no salía más, le dije aprovechando para llevar agua a mi molino. Vivía encerrado. ¿Adónde iba a ir? Me había quedado mirando la televisión, la invasión de los muertos vivos.

Ah sí. Eso. ¡Uf! Qué desastre.

No se puede creer.

¡Realmente!

Encima de la sequía, de la crisis, esto.

Qué desastre, ¿no?

Vamos a tener que convencernos de que Pringles es un pueblo maldito, dije.

Estaba haciendo alusión a un lugar común de vieja data: Pringles, pueblo maldito para los negocios. Lo venía oyendo desde chico: ninguna iniciativa prosperaba, ningún esfuerzo daba frutos. Pero el concepto se había devaluado por el exceso de uso. Nadie quería cederle al vecino en llorar miseria, todos competían en estar arruinados, en tener más gastos que ganancias, en estar ahogados por los impuestos (que no pagaban). Los ricos eran los peores. Desembarcaban de sus Mercedes último modelo, se compraban una flota de camiones, un avión, se hacían una piscina en el pueblo y un lago artificial en el campo, compraban una casa en Monte Hermoso y un piso en Buenos Aires, y seguían perjurando que no tenían para comer. Los fracasos genuinos quedábamos en una posición falsa: nadie nos tomaba en serio. Yo me venía preparando para una larga y compleja tarea de persuasión. Compleja, porque no bastaba con decirlo; todos lo decían, y las palabras ya no servían. Tendría que recurrir a una combinación funcional de imagen y discurso, y en el discurso una mezcla bien dosificada de realidad y ficción.

Me sacó de estas meditaciones estratégicas con algo sorprendente:

Nosotros lo vimos en el verano. Los chicos se desternillaron de risa.

Quedé bastante descolocado. ¿Cómo? ¿Ya había pasado antes? ¿Cómo era posible que yo no me hubiera enterado?

No te preocupes, que no te perdiste nada, dijo, y repitió: qué desastre.

Me di cuenta de que esta última palabra la estábamos usando en sentidos diferentes, yo en referencia a los hechos, él como calificación estética. Y no era la única; con «pasado» sucedía lo mismo: yo preguntaba «si ya había pasado antes», y él entendía «si la habían pasado antes». Aparentemente, uno estaba hablando de la cosa, el otro de su representación. En este punto, debería haberle pedido que me

explicara, pero me dio pudor porque sospechaba que habría equivalido a confesar una ignorancia o una ingenuidad descalificatorias. Además, se me ocurrió que había una posibilidad intermedia: la calificación de desastre podía aplicarse no sólo a los hechos como realidad o a su representación como ficción, sino, dejando entre paréntesis la decisión de cuál de las dos se trataba, a la transmisión que se hacía por la televisión. Se lo pregunté.

¿Y qué te parece?!

Admití que había sido muy defectuosa, pero yo lo había disculpado en razón de las dificultades inherentes a una emisión en vivo. Sazoné esta observación con un chistecito: transmitir a los muertos «en vivo».

No captó el juego de palabras porque ya estaba despotricando contra el canal, que nos sometía a los pringlenses a semejantes refritos. ¡Cómo se me ocurría que iban a poder transmitir nada en vivo, con el material obsoleto que tenían! No lo renovaban desde hacía veinte años, era un milagro que pudieran seguir funcionando.

Pero entonces, dije, había algo que elogiar: habían imitado muy bien el ritmo de una transmisión en vivo, o mejor dicho su falta de ritmo, sus tiempos muertos (otro calembour, que me salió sin querer), los accidentes de encuadre...

Hubo una breve pausa, y en su respuesta detecté un sutil cambio de tono, como si saliera del plano de las consideraciones generales que podía intercambiar con cualquiera, y empezara a dirigirse específicamente a mí:

No te gastes en tratar de disculparlos. A éstos, las cosas no les salen bien ni siquiera por casualidad. Lo van a seguir haciendo mal hasta que se mueran, o hasta que los echen. Tenías razón en lo que dijiste antes, aunque lo hayas dicho en broma: Pringles es un pueblo maldito para los negocios, y estos ineptos son una demostración más, porque de este año no pasan. El canal ya está fundido, se mantiene por la misericordia de algunos comercios que todavía les dan publicidades. No les va a quedar más remedio que cerrarlo. Pero no te engañes: esa maldición no tiene nada de sobrenatural. Si los negocios fracasan es por culpa de los pringlenses, que quieren ganar plata imitando a los empresarios en serio pero sin poner nada de lo que hace falta para que una empresa prospere. Nunca oyeron hablar de reinversión, de estudios de mercado, de crecimiento. Son unos bolicheros sin visión, que ni siquiera tienen sentido común. ¡Pero decime un poco...! ¿A vos te parece que se puede llevar adelante un canal de televisión sin ideas, sin creatividad, sin talento? ¿Creerán que se hace solo? ¿Que la gente es idiota? ¡Por favor! El secreto del éxito es el empeño inteligente, el trabajo acompañado por el pensamiento, la autocrítica, la evaluación realista del medio, y sobre todo la exigencia. No la exigencia mezquina de la ganancia sino la de los sueños juveniles a los que no es necesario renunciar, todo lo contrario. Hay que saber mirar más allá de los intereses de la supervivencia y proponerse darle algo al mundo, porque sólo los que den van a recibir. Y para eso se precisa imaginación. La prosa de los negocios tiene que expresarse en la poesía de la vida.

28 de junio, 2005



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.